

Giulia Alberico

LOS LIBROS SON TÍMIDOS



Lectulandia

Un autobús que no puede partir a causa de la nieve, una niña, sus primeros libros... Es éste un bellissimo texto en primera persona, donde Giulia Alberico, hija de una maestra rural a la que siguió por diversos pueblos y escuelas, nos habla, en un relato magnético y maravilloso, de su amor por los libros: la autobiografía de una lectora a través de los títulos que la han acompañado desde que era niña y adolescente (en la Italia de los años 50 y 60), hasta el día de hoy. Libros universales que muchos de nosotros hemos leído también, o libros que queremos leer enseguida una vez cerremos éste. Para todos los gustos y de todas las épocas. Y libros a los que la autora se acerca como muchos de nosotros: primero tocándolos, oliéndolos...

Lectulandia

Giulia Alberico

Los libros son tímidos

ePub r1.0

Thalassa 20.03.16

Título original: *I libri sono timidi*
Giulia Alberico, 1997
Traducción: Francisco de Julio Carrobes
Retoque de cubierta: Thalassa

Editor digital: Thalassa
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

A Vincent. ¿A quién si no?

Los libros son tímidos

Antes de que los signos se volviesen para mí descifrables, eran sonidos, y eran los mayores quienes poseían la capacidad de traducir los signos en palabras y con las palabras construir un cuento... De modo que leía escuchando. Y oliendo. Las palabras de las historias estaban indisolublemente ligadas a los olores.

El tío Rodolfo leía historias de las que emanaba un olor a clavo de clavel mezclado con una infusión que tenía un nombre precioso: kardadé. Las historias que leía Rosinella olían a manzanas porque la estancia de la buhardilla donde me las contaba estaba llena de pequeñas manzanas verdes. Las historias que me contaba mi madre olían a frío: estábamos en el país de la nieve y siempre era invierno, o casi.

Luego aprendí a descifrar los signos. Ya estaba harta de esperar. Aprendí sola, pillándolos a todos por sorpresa: a don Vito, a doña Lola, al magistrado Imbriani, a mi madre. Corría el año 1953 o 54, y el primer libro que leí fue una publicación con las letras de las canciones de San Remo. Una de las canciones decía: «*Vieja bota militar, / cuánto tiempo ha pasado, / cuántos recuerdos me haces revivir*».

Entusiasmada por aquella conquista, lo leía todo, en todas partes, incluso las leyendas de las latas que contenían los sobres de levadura Bertolini (tía Ida tenía una tienda y con el coche de línea nos enviaba víveres y artículos varios): «*María Rosa va al mercado / con la bolsa de la compra, / compra bueno y abundante / para hacer la comidita: / entremeses, fruta, vinos / y productos Bertolini*».

Ahora que podía descifrar los signos sola me sentía poderosa y fuerte, podía leer sin esperar a que alguien lo hiciese por mí. Y empezó una aventura de la que me enamoré. Aprendí a leer en un pueblo del interior que más en el interior no podía estar, en la provincia de Chieti: Celenza sul Trigno, donde vivía con mi madre, maestra de escuela elemental. No sé si por aquel entonces las leyes eran más permisivas o simplemente ignorantes en nombre de la necesidad y del sentido común; el hecho es que yo, con cuatro años y siete días cumplidos, «tomé posesión» junto a mi madre el primero de octubre de 1953, cuando a ella le fue asignada aquella plaza. Salía con ella por la mañana, íbamos a la escuela y me pasaba allí todo el tiempo como la cosa más normal del mundo, dado que en casa no podía quedarme sola ni había una guardería.

Vagaba de una clase a otra, en calidad de huésped. Me pasaba horas enteras en la clase del maestro Vito, un hombre regordete y bonachón al que, por otra parte, junto con su esposa Lola, frecuentábamos también fuera del horario escolar durante aquellos largos inviernos en Celenza. No hace mucho, la película *Los chicos del coro* —¡me pareció tan bonita que la vi tres veces seguidas en pocos meses!— hizo que volviera a ver al maestro Vito: ¡Allí estaba, Clément Mathieu era él, su vivo retrato!

En aquel pueblo vivimos durante tres años escolares, y no recuerdo haber formado nunca parte de una clase, no creo haber asistido de manera regular. Picaba un poco de aquí y otro poco de allá; por lo demás, eran pluriclases: una mezcolanza

de edades y niveles. Era un tiempo de gran pobreza, sólo hoy me percaté de ello. Los chiquillos llevaban zapatos claveteados y zuecos, tenían sabañones en las manos y vestían apenas con lo indispensable. Mis zapatos de suela eran objeto de enorme atención. En Celenza siempre era invierno, la nieve bloqueaba las calles y, en el momento culminante, cuando todo estaba listo para que partiésemos de regreso a casa durante las vacaciones de Navidad o de Semana Santa, el conductor del coche de línea nos decía que ya no se podía partir... que en todo caso dentro de una hora o dos, ¡vete a saber!... Era muy excitante, me volvía a meter en la cama completamente vestida, zapatos incluidos, a esperar... con un tebeo o un libro de fábulas entre las manos.

El traslado de mi madre, esperado con anhelo, puso fin a la anarquía escolar. Volvimos a San Vito Chietino, donde me sometí a un examen y fui matriculada preceptivamente en cuarto de primaria. Mi maestra se llamaba Lucia Cedola.

Los libros de lectura eran principalmente los libros escolares y los de las colecciones infantiles que mi madre compraba para mí en Chieti, cuando iba a la Superintendencia (palabra ésta para mí sólida y grande como un mueble, como cómoda o tocador) o recibía, como regalo por la suscripción a la escuela ITALIANA MODERNA y a EL EDUCADOR ITALIANO, *La pequeña Dorrit*, *La cabaña del tío Tom*, *Mujercitas*, *Los patines de plata*. En la portada de *Los patines de plata* aparecía una niña de mi edad, con las orejeras y unas cuchillas debajo de unas polainas blancas que, como llegué a saber entonces, eran patines para deslizarse y revolotear sobre el hielo. Nunca había visto patines para el hielo, ni niñas tan rubias, tan nórdicas. ¿Conocería alguna vez a niñas así?

En San Vito no había librerías ni librerías-papelerías. La verdad es que en el pueblo había una librería, pero no acababa de convencerme: se parecía a la sacristía de la iglesia: vitrinas con publicaciones sacras, rosarios, estampas de santos, biblias y evangelios. La llevaba una viuda, la señora Custodia Scoccimarra. Custodia, tanto de nombre como por sus hechos, formaba un todo indistinto con aquella estancia: siempre vestida de negro, gruesa, con un vozarrón de contralto. El cabello muy tirante y recogido en una trenza que le adornaba la cabeza como una corona. Se sentaba en el vano del postigo, desde el que abría la tienda hasta el cierre, y pasaba la jornada entre breves y muy frecuentes conversaciones con los viandantes. A menudo le hacían compañía Rosinella o la señorita Antonietta Marino. La señorita Marino vivía casi recluida en su casa; las únicas salidas que se permitía eran para la misa matinal diaria y, algunas tardes, para visitar a Custodia en la librería de San Pablo, sin desviarse de aquel único horizonte que se había marcado para su vida entera: el de la fe, una fe ni mojigata ni obtusa, más bien una amalgama de oración y actividades sociales que iban desde la recogida de fondos para las misiones hasta la participación en peregrinaciones a los lugares de los grandes milagros. Estos viajes en autocar le revelaron una geografía que de otro modo hubiera permanecido desconocida para

ella. La librería San Pablo estaba siempre en penumbra, y las raras veces que la frecuenté hablé poco, en voz baja, como si estuviese en la iglesia.

En cambio, el lugar que se me abrió de par en par fue la casa de los curas, tíos de mi tía Ida, llamada Iduccia. Una casa enorme, laberíntica y algo descuidada, llena hasta los topes de volúmenes encuadernados y en rústica, de revistas, periódicos; un filón de encantamientos y revelaciones. En la casa, desde que tía Ida entró en nuestra familia en 1950, tras haberse casado con el tío Rodolfo, y desde que murieran don Giuseppe y don Saturnino, vivía sola la otra sobrina, Rosinella, que se había quedado soltera y parecía conocerse de pe a pa el contenido de todas las páginas impresas que inundaban la casa. Me hacía de guía por las estancias y los largos pasillos. «Éstos son libros de Iglesia... Aquí tenemos las novelas... Este es el armario de los libros de historia... En este anaquel están las vidas de los santos y los mártires... En este otro las colecciones anuales del *Corrierino dei piccoli*... En el armario grande las historias de los Papas», y señalaba los volúmenes que, en gran cantidad, se elevaban hasta el techo, oscuros, con los títulos en oro. Naturalmente, eran las novelas las que más me atraían, pero no desdeñaba las vidas de santos y mártires, en las que encontraba un no sé qué de cándido, inspirado y ascético. Admiraba e imitaba aquel candor con una mirada absorta y el rostro compungido, mientras Rosinella me contaba los detalles cruentos de las persecuciones contra los cristianos.

La casa de don Giuseppe y don Saturnino estaba abarrotada de libros. Yo tenía siete años y aquél fue mi primer contacto con tamaña cantidad de volúmenes. Apretados a lo largo de los pasillos, llenando nichos, anaqueles, grandes armarios de madera con las puertas de cristal biselado. Colecciones enteras de ediciones Carabba, Bietti, Sonzogno. Con la mano extendida llegaba a duras penas al segundo estante del armario de las novelas. Las prohibidas estaban arriba del todo. Nadie me guiaba, así que elegía al azar, intuitivamente. Mi elección se basaba en el título, o bien en la portada, o en el nombre de un autor ya conocido.

Con el tiempo aprendí a orientarme entre las editoriales, sin saber nada de ediciones o editores. Era el sello de la editorial, los dibujos que caracterizaban las colecciones, ciertos frontispicios, el tipo de letra, los que me incitaban a elegir. La Medusa, en verde y blanco, con la pequeña cabeza de cabellos *anguiformes*, era la materialización del orden y de la simetría. Aquellos libros eran todos bonitos por el simple hecho de tener aquellos colores y aquella cabeza tan inquietante. El primero que leí creo que fue *La luna y seis peniques*, de Somerset Maugham. Los pequeños, los grises de la Biblioteca Universal Rizzoli, tenían un aspecto polvoriento y modesto, pero eran baratos y los había a montones. Eran los clásicos; por consiguiente, todos autores muertos y enterrados, pero su voz desafiaba al tiempo. Este pensamiento me aturdió.

Durante años mi fuente de lecturas se abasteció, desordenadamente, del cuadrilátero que formaban la casa de los curas, la escuela, mi casa y doña Bianca.

Esta señora estaba a cargo del único despacho de periódicos del pueblo, en el

llamado Paseo Central, más allá de la Plaza del Ayuntamiento. Ir a su tienda era todo un rito, significaba dar un paseo que, de otro modo, no hubiera tenido sentido: ¿qué hace una chiquilla sola atravesando la Plaza en dirección al Paseo Central? Hasta mediados de los 60 las costumbres eran sumamente rígidas. Luego cedieron de repente. Doña Bianca siempre vestía, tanto en invierno como en verano, un guardapolvo negro. Parece que la tengo delante: los tobillos de garza, el cabello con la raya a un lado, blanco, igualado el corte, como una jovencita a la moda, unos andares sinuosos, el cuerpo delgado, la espalda algo encorvada. Las gafas, enormes, ocupaban la mitad de su rostro delgado y enjuto. Su mente era lúcida, curiosa. Su lengua afilada. Eran los años de los libros del Pavone, de los Oscar Mondadori. De la tienda de doña Bianca provienen *La dama de los claveles* de Cronin, *¿Qué verde era mi valle!* de Lewellyng, *Nido de víboras* de Mauriac, *Servidumbre humana* de Maugham, *El pavo real blanco* de Lawrence. Todavía los conservo.

Las entregas de *La Divina Comedia*, editada por Fabbri en fascículos, hicieron que los encuentros con doña Bianca se volvieran regulares y frecuentes. Conversábamos de un montón de cosas; para mí era como ir de visita.

Mi casa no era, por supuesto, la casa de los curas, pero también allí, entre los once y los trece años, tuvieron lugar mágicos encuentros con la lectura, en el sótano. Una escalera de cemento, a la derecha el vano del trastero y, adyacente, una estancia larga y estrecha, con la pila de granito; cubos de estaño, viejas cacerolas y cántaros de cobre, sillas de paja desvencijadas, bastidores sin tela, sobres de lejía en polvo, pingajos. A la derecha, una estancia grande y poco iluminada llena hasta arriba de jergones de muelles, colchones, cunas para recién nacidos, muebles, braseros, hornillos. Un gramófono sobre un mueble de madera brillante, con dos puertas estrechas y largas. Dentro, a modo de librería, colecciones anuales enteras de *Urania* y de *Selecciones del Reader's Digest*. Las historias de *Urania* no me gustaban, no sabría decir por qué, no recuerdo ni las tramas ni ningún personaje concreto, creo que fue la ciencia ficción en general la que provocó mi rechazo. Me transmitía una sensación de gélido estupor, un inquietante sentido de extrañamiento. Las portadas de *Urania*, creo recordar, eran blancas, muy blancas. Y aquel color me transmitía frío. ¿Cómo era posible que mi padre amara aquellas historias? ¿Quizás porque había sido paracaidista? Yo pensaba que las de *Urania* eran historias que podían gustar solamente a los hombres, y en particular a los hombres que habían servido como soldados y combatido en la guerra. A mí las guerras me daban miedo, al igual que los monstruos y las armas y los hombres de uniforme, exceptuando los carabineros. Claro que mi padre había estado combatiendo en África, pero estaba segura de que lo habían obligado. Era el ser menos violento del mundo, y también un gran miedoso. ¡Aterrorizado por una visita al dentista, se desmayaba ante la visión de la sangre, así que figúrate el amor que podría sentir por las guerras! Él amaba la música y a Pérez Prado. «*Aquel cerezo rosa que creció / en un rincón de jardín / Junto al manzano blanco floreció / mi amor por ti*» era la banda sonora de aquellos veranos de mis

lecturas en el sótano, junto a ciertos discos de Louis Armi. Alguien que escucha a Armi y «Cerezo rosa» no tiene nada que ver con las armas y las guerras. Tal vez, me decía yo, el hecho de que papá hubiese entrado a formar parte de los ADRA (Ardientes Destruyores Real Aeronáutica) se debía a la misma razón por la que le gustaban los coches bonitos, las motos y el automovilismo. Lanzarse con un paracaídas y conducir a gran velocidad era, simplemente, excitante y, al fin y al cabo, un juego.

Las historias de *Selecciones* me gustaban. Recorría el índice de cada uno de los números para elegir qué leer, y preparaba los números sucesivos para formar una novela entera que me ocuparía muchas tardes. Fue así como conocí *La agonía y el éxtasis* de Irving Stone, *Matar un ruiseñor* de Harper Lee, *¡Adiós, Mr. Chips!* de James Hilton.

El sótano era el lugar preferido para las lecturas durante el verano. Fresco, mucho más frecuentado que durante el resto del año debido a las actividades relacionadas con las conservas de tomate, con los pimientos asados, con los guisos en el hornillo, perdía el olor a frío y a humedad y olía a tierra y a cocina. El portón de madera, justo enfrente del tramo de escalera, se abría a un claro empedrado, un par de lilos, cuencos de cobre y vasijas de cemento en los que crecían arbustos de tomillo y albahaca. Cuatro escalones descuidados y, un metro más abajo, una terraza escarpada cultivada de apio, perejil, acelgas y tomates. Una higuera y un cerezo y, al reparo de la pequeña tapia perimétrica, dalias por doquier. En aquel sótano umbroso y fresco, con el tenue claror del sol candente que reverberaba sobre los adoquines del empedrado exterior, sentada en el último peldaño de la escalera de cemento, con el portón abierto a medias, yo emprendía mi viaje por otoños ingleses, por universidades americanas, por un Renacimiento fastuoso del que lo ignoraba todo porque todavía no había llegado hasta él con los estudios; en cambio, él llegaba hasta mí durante un verano de los primeros años 60, en un rincón apartado y silencioso de la gran casa de mi adolescencia.

Tía Ida, que, toda enfurruñada, bajaba y subía cien veces aquellos peldaños a la hora de la siesta, saltaba por encima de mí y repetía, todas las veces, monótona como un reloj que toca los cuartos: «¡Venga a leer, venga a leer! ¡Te vas a quedar cegata!».

La lectura de *Matar un ruiseñor* me convirtió en una apasionada de la justicia y me abrió los ojos a la realidad multirracial, a los problemas de la segregación. Más o menos por aquel entonces, durante uno de aquellos veranos de lecturas en el sótano, y, con toda seguridad, después de la lectura del libro de Harper Lee, apareció en mi pueblo un auténtico chico negro (de modo que ya estaba al tanto de que no había que decir ni «negrata» ni «de color»). Se armó un gran revuelo entre el bar y las vecinas de casa: «¡Ha vuelto! ¡Ha vuelto!». El jovencito, como no tardé en saber, había vuelto para visitar a algunas familias que lo conocían desde recién nacido, ¡porque él había nacido precisamente en mi pueblo! ¡Aquello fue para mí una noticia bomba! Nadie

me explicó cómo habían sucedido las cosas, y yo saqué mis propias conclusiones juntando medias frases, jirones de conversación, murmullos. Comprendí que el muchacho era hijo de un soldado americano negro y de una mujer llegada de una ciudad del norte hacía décadas. Había nacido en 1943, cuando en la vecina Ortona estuvo, y durante largo tiempo, el frente de batalla.

El jovencito se presentó también en la tienda del tío Rodolfo para saludar a mi abuela. ¿Acaso ella lo había ayudado a nacer? A mi abuela, lo sabía, la llamaban durante el parto para ayudar a «recolectar» a los niños. Cuando el jovencito entró en la tienda yo, con la cabeza llena de *Chico negro* y *Matar un ruiseñor*, me quedé descolocada ante el hecho de que se llamase Rocco y hablase con un fuerte acento romanesco. «Un *servior* es de Monterotondo», dijo.

En mi cabeza empezó a surgir el embrión de otra novela, una novela que escribiría yo en el futuro, dado que entre los oficios en los que había pensado figuraba también el de escritora. Faltaban un montón de detalles, pero los más importantes eran éstos:

1) ¿El soldado americano negro había violado a la mujer o Rocco era fruto del amor?

2) ¿Qué había sido de la madre? Se decía que tenía un marido normal y cuatro hijos.

3) ¿Qué había sido del padre americano?

4) ¿Por qué Rocco había regresado precisamente ahora?

Todo en este asunto dejaba presagiar una novela grande y magnífica.

La maestra Cedola vivía en el pueblo con su hija Lelia, mi compañera de clase, pero su verdadera casa estaba en Chieri. Creo que el marido era militar. El mundo, pensaba yo, estaba lleno de maestras solas con sus hijos y con los maridos en cualquier otra parte. La maestra Cedola amaba los paseos al aire libre, por el campo o valle arriba, hacia el recodo del río. Yo me unía a ella y a su hija. Mi madre lo toleraba, pero no lo aprobaba, porque de los paseos regresábamos inevitablemente rubicundas, acaloradas, un poco sucias de barro, sudorosas. Lelia y yo cargadas de espárragos silvestres y de flores de sotobosque, y la maestra Cedola con dos capachos llenos de achicoria. Esto de que la maestra Cedola se dedicara a recoger achicoria hacía que mi madre torciera el gesto. A ella no se le hubiera ocurrido en la vida recoger achicoria, y ya no digamos considerarla un posible alimento. Recoger achicoria para alimentarse era una clara señal de orígenes campesinos. En aquellos paseos, que recuerdo bonitos, alegres y serenos, también cantábamos. La maestra Cedola sonreía siempre, y Lelia y yo éramos libres de entusiasmarnos ante el descubrimiento de prados enteros cubiertos de ciclamino o azafrán o diversas flores totalmente desconocidas, de las que sólo mucho más tarde llegaría a saber el nombre.

¿Pero qué tiene que ver todo esto con los libros? Tiene que ver porque en aquellos

lugares para mí fabulosos yo percibía el eco de páginas leídas. Y las flores, el aire, el verde tierno y nuevo de la hierba, un almendro en flor, todo ello formaba el escenario de un libro que yo escribía con la mente en ese momento. A imitación de determinadas páginas leídas que entonces adquirirían vida verdadera.

En el sótano había también enteras colecciones anuales de *Gioia* y de *Annabella*, con novelas cortas y novelas por entregas. Yo imitaba a los personajes de aquellas historias, me movía como aquellas protagonistas ciudadanas, de nombres extranjeros. Me imaginaba una escena: era mayor, era la secretaria de un importantísimo industrial, preparaba el té (¡operación estoica!: en casa el té se le ofrecía sólo a alguien que se encontraba mal. Mientras se aguardaba al médico o alguna otra manifestación de la enfermedad, se decía: «Te hago un té»), vestía con ciertos jerséis que había visto llevar a las modelos... y yo, en la casa de un pueblo de Abruzzo, representaba la parodia de aquella vida de papel. Todo se confundía y, más aún, no me parecía que hubiese frontera alguna entre la realidad y la imaginación. La imaginación era incluso más verdadera que la realidad. Era capaz de penetrarla y de revestirme de ella con toda naturalidad; no para evadirme ni para negar mi vida en el pueblo, sino porque mis días tenían valor y sentido sólo si se iluminaban con las vidas imaginarias que proliferaban, antes incluso que en las novelas por entregas, en mi mente.

Los libros me consolaban cuando lo necesitaba, y nada ni nadie podían proporcionarme el lenitivo para el dolor. Dentro de ellos había una historia con la que aplacaba la angustia, la frustración, la vergüenza, el sentido de adaptación.

Tenía doce, trece, catorce años; eran los veranos en que pasaba un mes entero de vacaciones en la montaña, en Torricella Peligna. También allí la papelería estaba bien abastecida de libros del Pavone y de Oscar Mondadori. Los dobles costaban un pico: 450 liras. Durante un mes, traicionaba a doña Bianca.

El pinar era el lugar de reunión de los jóvenes, luego se nos dividía en pequeños grupos. Yo tenía una amiga de Milán, Loredana Croce. Conservo una foto suya y de vez en cuando me pregunto qué tipo de mujer será en la actualidad. Estudiaba alemán y le pedía que pronunciase alguna palabra, me gustaban aquellos sonidos. Estudiaba también taquigrafía y me enseñó algo; yo era una alumna atenta y escrupulosa. Ella leía, yo leía. Panza arriba, bajo los árboles, una mano sujetando el libro abierto y la otra haciendo sombra para protegernos los ojos del sol que arrojaba entre los árboles punzadas de luz y centelleos. Luego, el brazo en alto terminaba por doler, y entonces alternaba la posición supina y me ponía boca abajo. Fueron los veranos de A. J. Cronin, François Mauriac, Erich María Remarque, Hans Fallada.

Pertenece al verano de 1964 un libro adquirido en Torricella, *Pasiones*, de Somerset Maugham, una colección de cuentos.

Uno de ellos, «La mujer que no se rindió», sigue siendo, releído al cabo de los

años, perfecto, y, en mi opinión, bastaría por sí solo para romper una lanza a favor del cuento, género que quién sabe por qué en Italia no tiene demasiada suerte entre los editores.

«La mujer que no se rindió» me dijo en 1964 mucho más sobre la violencia ejercida contra la mujer, sobre su coraje, a menudo inmenso, sobre la elementalidad fálica y sobre la estupidez de la guerra, que todo cuanto luego llegaría a decirme la lectura de ensayos y artículos, así como un determinado feminismo militante y airadamente didascálico^[1].

El hecho es que yo siempre he desarrollado ciertas tomas de conciencia en silencio, en mi interior, y las he compartido, con muchos, eso sí, más a través de la lectura que de los debates. No digo que sea mejor o peor. Digo que para mí es así.

En los años 70 y 80 intenté participar en colectivos feministas, o de anti-psiquiatría, y alguna que otra cosa más. Siempre me sentí vagamente incómoda; acababa observándolo todo desde fuera, y siempre me parecía captar un no sé qué de rimbombante y artificioso que provocaba mi alejamiento.

Todo esto daría ocasión para un discurso sumamente extenso sobre la relación entre la literatura, la escritura y el compromiso.

Con alguna que otra diferencia, lo que pienso al respecto, lo digo haciendo más las palabras de Gesualdo Bufalino:

He escrito en más de una ocasión que aprendí a no robar escuchando a Mozart, y con ello quería decir que también el arte más dúctil y etéreo educa, si es eso lo que exactamente se quiere, más y mejor que cualquier burda pedagogía programática. Según Arnold Hauser *los escritores son como los futbolistas, cuyos movimientos parecerían absurdos si no estuviesen encaminados al gol*, y está claro que se refiere *al mensaje*. Yo objeto en voz baja: ¿Y si un escritor saliera al campo de juego sólo para bailar?

Adorno dijo que después de Auschwitz escribir poesía es una barbarie, y Brecht: *Qué tiempos son éstos / en los que cantarle a un árbol se convierte en delito / porque sobre demasiados delitos se cierne el silencio*.

Y yo, todavía en voz baja, objeto: frente al bosque que se extiende ante nuestros ojos ¿qué hemos de hacer, ocuparnos solamente del sudor del leñador? ¿Debemos considerar entonces un delito que en el tiempo de las Jacquerie y la Peste Negra, Petrarca haya escrito Claras, frescas y dulces aguas? ¿Estamos seguros de que la violencia y la injusticia se curan con los sermones?

Pero Brecht insiste: *La literatura será sometida a examen: aquéllos que para escribir se aposentaron en sillones dorados / serán procesados por aquéllos que les tejieron los vestidos*. Bien dicho, pero a mí no me agradaría que Debussy fuera procesado por su afinador de piano. Y no es una perspectiva imposible: la Revolución china lo ha hecho. (...) ¿Entonces? Entonces deberemos convencernos de que la poesía es verdad, de que poesía y utilidad son valores autónomos y casi nunca

coincidentes. Y de que es peligroso imponer al escritor que se convierta en megáfono de la sociedad o de la patria. Si consigue hacerlo sin renunciar a ser poeta, tanto mejor.

Pero no hay que crucificarlo porque siga dando testimonio exclusivo de sí mismo, incluso de forma reticente, incluso mintiendo. Recordad que también él, y más que ningún otro, es portador de una riqueza, que es una música, un ábrete, sésamo, una revelación disfrazada de spot publicitario; y que a modo de paloma mensajera, porta escondido bajo el ala un mensaje que él mismo ignora^[2].

Tío Nicola, hermano de la abuela Laurina, maestro albañil, vivía en una casa pegada a la iglesia que parecía una torreta de guardia. Después de la escuela elemental, había sido autodidacta. En la parte más alta de la torre, tres pisos de escaleras, estaba su pequeño estudio. Entre montones de papeles, bocetos, dibujos y registros, un atril con, bien a la vista y siempre abierto para continuas consultas, el Nuovo Melzi. El tío Nicola escribía cartas casi todos los días, infinidad de cartas, tenía un número increíble de corresponsales en Italia, pero también al otro lado del Océano, en Brasil, en Canadá, en Boston. Recuerdos de un antiguo pasado de emigrante de credo socialista.

Que este maestro albañil escribiese cartas usando el diccionario dice mucho sobre la consideración que le merecían las palabras a la nutrida familia de mi abuela, Laurina Olivieri.

El estudio de mi padre, representante de comercio, estaba abarrotado de botellas porque era agente de ventas para la industria vidriera del doctor Umberto Marzotto, de Portogruaro. Mi padre hablaba de él como de un hombre de rara apostura y nobleza de alma, y al nombrarlo siempre utilizaba el título y las coordenadas geográficas: Doctor Umberto Marzotto de Portogruaro, provincia de Venecia. Entre muestrarios y carpetas, una librería. Todos libros de historia, y monotemático, un estante entero con un repertorio sobre la aviación, recuerdo de sus años en África. Y también colecciones anuales de *Storia illustrata*.

En los años 60 mi madre continuaba comprando los libros en Chieti, en la librería más importante, De Luca, pero recibía directamente de Milán, por correo, todas las novelas de Garzanti, quizá estaba suscrita. Me había dicho que no tenía que hurgar entre sus libros, se trataba de lecturas inadecuadas para mí, pero yo los leía de todos modos, más de una vez quedándome vagamente turbada por atmósferas y situaciones que no comprendía, pero que abrían algún resquicio a un mundo adulto, turbio y complicado. Esto lo percibía de un modo nítido, y de alguna manera me desestabilizaba, dejándome inquieta. Me sucedió con el Tennessee Williams de *La primavera romana de la señora Stone*.

Se me prohibió con firmeza Pasolini, pero no me disgustó, porque había ojeado al azar entre sus páginas y me había topado con expresiones demasiado crudas para la

adolescente que era. Sin embargo, leí a Moravia: morboso, una escritura opaca. Me hizo vibrar, en cambio, al igual que una cuerda de violín, la Morante de *El chal andaluz*; me hizo vibrar la Alba De Céspedes de *Cuaderno prohibido*, pero por encima de todos los demás, me hizo vibrar la Gianna Manzini de *La Sparviera*. Un libro que ya no tengo y que no he conseguido encontrar en ninguna parte. La Sparviera era el nombre que la niña protagonista le había puesto a la tos violenta que la sacudía a causa de una enfermedad. Compañera fija y cruel con la que, por necesidad, había tomado confianza, la tos era, en su imaginación, una espléndida y noble bestia rapaz que, terrible y posesiva, se había instalado en su pecho^[3].

A veces, desde el bar de Egisto, un bar que estaba al lado de mi casa, llegaban ruidosos ataques de tos de hombres que se pasaban las horas jugando a las cartas, con los pulmones destrozados por el humo y por fumar demasiados cigarrillos. Yo pensaba que tenían el pecho lleno de aves rapaces.

Mientras tanto, gracias a las adquisiciones que le hacía a doña Bianca, empecé a tener mi pequeña biblioteca; algunos libros los forraba para no desgastarlos. Nunca los he prestado, me gustaba poseerlos. Los libros son tímidos, pensaba, quieren estar sólo con quien los ha elegido, no les gustan las manos extrañas. Escribía al instante mi nombre, el mes y el año en la primera página, con una caligrafía un poco estudiada, redonda, «femenina». Me habitué a escribir la clase que frecuentaba: cuarto año de enseñanza media A, primero de bachillerato B.

Con los clásicos rusos se me abrieron de par en par las puertas de una catedral. *Resurrección*, en una edición no venal de Rizzoli, ofrecida como regalo a los suscriptores de Annabella en 1959 y en la traducción de Clara Terzi Pizzorno, supuso para mí un auténtico impacto. Había visto la película, con Horst Buchholz y Myriam Bru. Tal vez aquello me ayudara en la lectura, no sabría decirlo. Después no compré ninguna otra edición del libro y, por tanto, cada vez que he vuelto a releerlo lo he hecho siempre en aquel viejo ejemplar ya algo amarillento. Lo tengo en mi casa junto al mar, y allí está bien.

Durante el verano, cuando el rumor del mundo se hace menos estridente, cuando recupero el *tempo* lento en la enorme y vieja casa del mar (también allí existe un gran ajetreo, pero seguido siempre de saludables treguas de silencio), más que leer, lo que me gusta es releer. Y *Resurrección* ha vuelto más de una vez a mis manos, con aquella Maslova cuyo rostro tenía «la palidez característica de las personas que han permanecido mucho tiempo en un lugar cerrado, y que recuerda los brotes de las patatas guardadas en un sótano. Así eran también sus pequeñas y anchas manos y su cuello blanco y lleno, que dejaba ver el amplio escote del guardapolvo. En aquel rostro de palidez mate resaltaban unos ojos negros muy brillantes, algo hinchados, pero muy vivos, uno de los cuales bizqueaba ligeramente. Se mantenía muy erguida, sacando el voluminoso busto».^[4]

Maslova era una prostituta. La palabra prostituta la conocí leyendo *Resurrección*.

Era una palabra culta usada por las personas instruidas o, en todo caso, en los discursos serios. En el lenguaje común, lo sabía, se decía «puta». En casa no estaba vigente el uso de palabras tan atrevidas, pero estas dos palabras yo ya las había oído por ahí. Abrigaba un gran respeto por las prostitutas, eran mujeres de gran corazón y generosas, y no obstante, víctimas siempre del infortunio; esto lo pensaba a causa de Maslova y de una confidencia que me había hecho una vez el tío Rodolfo.

El tío Rodolfo había emigrado de muy joven, debido a ciertas deudas de familia que tenía que satisfacer, a Massawa, una colonia de África. Estaba allí, trabajando de ebanista (¡él no decía nunca carpintero!), cuando estalló la guerra. Cayó prisionero de los ingleses y pasó siete años en un campo de concentración. Regresó a Italia hecho un espectro de treinta y nueve kilos. De los años del campo, recluso, hambriento, humillado, no le gustaba hablar, eran demasiados los recuerdos desagradables. Pero entre las pocas cosas amables que recordaba había gestos y palabras que procedían de las prostitutas, las mejores personas que había conocido.

El tío Rodolfo no abrigaba sentimientos de odio o de rencor, como mucho experimentaba cólera y amargura. Su vida, que merecería una novela, había estado marcada desde muy temprano, desde niño, por una fe en Dios absoluta, genuina, imbatible. De algún modo Maslova, el tío Rodolfo, las prostitutas de Massawa, la guerra, la batalla en el Amba Alagi, los pérfidos carceleros ingleses, los carceleros de Maslova, la fe en Dios, en torno a 1960 se mezclaron en mi cabeza y allí permanecieron como categorías afines.

En la casa del mar tengo también, y en mejor sitio no pueden estar, otros dos libros: una vieja edición de William Faulkner y un Irwin Shaw, otros dos importantes encuentros de mi juventud. *Sartoris* me introdujo en los escritores del Sur de los Estados Unidos, si bien, en lo que se refiere al autor, me limité durante largo tiempo a dicha novela. No podía comprender —algo que sucedería muchos años más tarde— el esplendor y el extrañamiento de la construcción de *El ruido y la furia*, otro de sus libros. Habría necesitado volverme más vieja. Los años y el tiempo son un equipamiento indispensable para adentrarse en ciertas páginas; cuando se es demasiado joven uno no puede acceder a los repliegues de tantas palabras, atravesar fronteras de dolores desconocidos, percibir la belleza compleja y muda de ciertas páginas. Tienes que haber vivido más.

La historia de *Sartoris* es la historia de cuatro generaciones de una familia americana sureña entre la Guerra de Secesión y la Primera Guerra Mundial, de unos hombres temerarios y algo excéntricos; una gran novela épica que cuenta la progresiva decadencia de una familia que corre paralela a la de la América atravesada por el Mississippi. El último Sartoris, Bayard, es un joven fascinante y poco fiable del que está tenazmente enamorada la obstinada Narcissa. La mujer quiere creer que Bayard sentará la cabeza, al menos después del último apuro en que se ha visto envuelto: ha destrozado en un accidente el coche que guiaba de modo temerario:

La escayola había desaparecido y Bayard estaba otra vez en pie, aunque moviéndose con cierta dificultad: no obstante, Miss Jenny empezaba a mirarlo con aire preocupado.

—Si pudiéramos arreglar las cosas para que cada mes, poco más o menos, se rompiera algún hueso sin importancia, que le obligara a quedarse en casa... —dijo.

—No hará falta —le explicó Narcissa—. Se portará bien de ahora en adelante.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Miss Jenny—. ¿Qué te hace pensar una cosa así?

—Lo ha prometido.

—Bayard es capaz de prometer cualquier cosa cuando no puede moverse —replicó Miss Jenny—. Lo hacen todos; siempre lo han hecho. ¿Qué te hace pensar que lo cumplirá?

—Me lo ha prometido a mí —contestó Narcissa serenamente.

Sartoris es uno de los libros que, perseverante, he continuado amando, al que sigo siendo obstinadamente fiel. Todavía hoy lo vuelvo a coger entre mis manos para leer algún fragmento. Estamos en el salón de la mansión de los Sartoris, Narcissa toca el piano, el hijo recién nacido duerme en la cuna, la vieja Miss Jenny entra y se sienta, escucha la música mientras «la tarde siguió su curso imperceptiblemente; en el cuarto las sombras se fueron marcando cada vez más (...) La música siguió fluyendo en la oscuridad llena de fantasmas de cosas viejas tan seductoras como desastrosas. Y si tenían el encanto suficiente, habría un Sartoris en ellas y en ese caso el desastre estaba asegurado».^[5]

De Irwin Shaw conservo *Voces de un día de verano*. Con aquel libro nació mi interés por la cultura hebrea. La historia es la siguiente: un día de verano, Benjamín Fedorov, un judío americano de la *upper class*, mientras asiste a un partido de béisbol de su hijo Mike, recorre —a través de una serie de *flashbacks*— su vida pasada. Los golpes secos del bate de béisbol, banda sonora de esta novela, corean —como un metrónomo— «las intermitencias del corazón» de Benjamín. Los recuerdos asoman a través de voces y rostros de personas que han marcado su vida: Leah, la mujer con la que vivió una intensa historia de amor en París, en 1945; Louis, el hermano, tan opuesto a él; Peggy, la muchacha de buena familia toda ella *house and garden* que se ha convertido en su mujer; Israel Fedorov, su padre, que llegó a la isla de Ellis a los seis años, después de un largo viaje desde Kiev, y que durante toda su vida había honrado su nueva patria porque «se había hecho americano en los barrios bajos de Nueva York, en los vacíos solares a orillas del East River, donde los niños jugaban con pelotas de trapo, bates de confección casera, y sin guantes. Israel Fedorov había aprendido a jugar de *catcher* con las manos desnudas entre 1895 y 1910». Benjamín, frente a las certezas de Israel, siempre se había sentido perdido: «no existía una iglesia, una sinagoga o un culto en el que creyera lo suficiente como para iniciar automáticamente a su hijo, y al hijo de su hijo, en la senda de un mito milenario».

Benjamín ama América, ha luchado por este país, al igual que hizo su padre, pero

el amor de Benjamin es atormentado y ambivalente porque su América no es sólo la América del sueño americano, sino también la de quienes permitieron en 1927 el asesinato de Sacco y Vanzetti («esos hipócritas santurrones y puritanos de Boston, orgullosos de sí mismos por haber asesinado a dos pobres obreros italianos»), la América de los años 60 celebrando fiestas en una enorme y preciosa casa «con la acostumbrada mezcla de edades y profesiones de que solía rodearse un Stafford: actores, políticos, universitarios de Yale, jóvenes matrimonios que trabajaban en revistas o empresas de publicidad (...) y ninguno de ellos tiene idea de quiénes eran Sacco y Vanzetti». La América de Kennedy y su asesinato, la América de la comunidad judía dividida entre fervientes patriotas, ciegamente conformistas porque están convencidos de tener únicamente deberes hacia el país que los ha acogido, y una generación judía mucho más laica y crítica. Benjamín se siente un poco apátrida, un poco sin raíces, ni siquiera conoce bien los ritos de la religión a la que pertenece; durante el funeral del padre se da cuenta de que ignora el nombre del pueblo donde el anciano nació —¡nunca se lo había preguntado!—, pero justo en ese trance, estupefacto, se oye a sí mismo recitando una antigua plegaria judía que resurge desde profundidades que él mismo ignora: «*Por el templo derruido / recojámonos y lloremos en soledad. / Por los muros derribados / recojámonos y lloremos en soledad. / Por nuestra majestad extinguida / recojámonos y lloremos en soledad...*»^[6]

Entre los quince y los dieciséis años apareció el *Club dei Editori*. La suscripción ofrecía como regalo cierto fular de Roberta de Camerino, la célebre diseñadora veneciana. Uno de ellos, blanco, amarillo y azul, lo tengo precisamente ahora delante de los ojos. Inscribirse en el *Club dei Editori* suponía mi ingreso virtual en la ciudad. El trajín incesante de paquetes entre Milán y el pueblecito de los Abruzzo me convertían en parte de una red nacional. Me sentía como Leopardi cuando se carteaba con Pietro Giordani.

Mientras tanto, las adaptaciones en televisión me sugerían otras lecturas y los héroes adquirieron para siempre los rasgos de Virna Lisi, Lydia Alfonsi, Raf Vallone, Ilaria Occhini. Y leí *Una tragedia americana*, *Maestro don Gesualdo*, *Jane Eyre*.

Sicilia, como la América del Mississippi, como la Siberia de *Resurrección*: lugares de historia. Sobre los dieciséis años me llegó *Los virreyes*, de De Roberto. Una edición económica. Recuerdo que la leía de un tirón, parando únicamente para comer o dormir, algo que sólo me ha sucedido con dos libros más: uno de Elsa Morante y otro de Thomas Mann. Los Uzeda se emparentaron con los Sartoris de forma indisoluble. A Verga me lo impusieron con *Los Malavoglia*. No me gustó. No era el momento apropiado, o como sucede siempre con los matrimonios a la fuerza, mantenía una distancia de seguridad para evitar un acoplamiento no deseado. Luego la televisión emitió la adaptación de *Maestro don Gesualdo*. Me atravesó como un rayo el retrato de Lydia Alfonsi-Bianca Trao en su noche de bodas; busqué las páginas en el libro y encontré la escena, más bella aún si cabe: «...e inclinó la cabeza,

obediente, para empezar a quitarse la peineta de tortuga con sus manos gráciles y un poco ajadas en las puntas de los dedos, con sus manos de muchacha pobre, acostumbrada a hacer todo en casa». Y a don Gesualdo, excitado y feliz: «...en el corazón le crecía una ternura insólita, mientras la ayudaba a despeinarse. ¡Eran, justamente, sus grandes manos las que ayudaban a una Trao, y se tornaban ligeras, muy ligeras, entre aquellos cabellos tan finos!... Le gustaba el vello color oro que le florecía cerca del cuello, las cicatrices dejadas por un vacunador inexperto en los brazos delgados y blancos...».

Fueron sólo aquellas páginas, por sí solas, sin transposición en imágenes, las que hicieron que Bianca Trao me provocara otra gran emoción. Se celebra una velada en la casa de los Sganci; ella, vestida de lanilla, es la pariente pobre, se siente avergonzada y la están casando contra su voluntad. Llega Nini Rubiera, a ella le da un vuelco el corazón, sabe que es la última ocasión que tiene para hablarle. El es un pusilánime, un bellaco, trata de sustraerse a la súplica de Bianca. Bianca ha perdido, lo sabe, aunque trata, con la desesperación de quien sabe que ha perdido, de no venirse abajo. Y aquí, Verga, magistral, no nos dice lo que siente Bianca, sino que hace hablar a su cuerpo, a sus manos, que sostienen una bandeja de cristal con el postre y tiemblan: «...pero temblaba tanto, que dos o tres veces se oyó el tintineo de la cucharilla al chocar contra el vaso». Luego, inmediatamente después, el corazón amargo y destrozado de Bianca no puede ser descrito, sólo puede explicarse a través de lo que ven sus ojos afuera, más allá del pequeño balcón abierto de la casa de los Sganci: «Un recelo, una amargura infinita venían de la vasta extensión negra del Alia, enfrente, más allá de las casas de los Barresi; de las viñas y los olivares de Giolio, que se distinguían confusamente, al otro lado de la calle del Rosario todavía hormigueante de luces; de la larga llanura del Casalgilardo, cortada por la alta esquina del Colegio; del cielo profundo, recamado de estrellas —una más brillante, allá arriba, con su mirada fría, triste, solitaria—». ^[7]

Mi madre estaba suscrita a *Annabella*, y yo —en lógica consecuencia— era una fiel lectora de la revista. Las cartas de Brunella Gasperini y Giorgio Scerbanenco era una de las primeras cosas que ojeaba. Y, naturalmente, las novelas por entregas de Gasperini.

Entre los trece y los dieciséis años advertí la delicadeza y la fuerza de aquella escritura. Sobre todo en las cartas, Brunella mostraba un compromiso civil, una mirada dirigida a las cosas del corazón y del mundo llena de inteligencia e ironía. No exagero al decir que fue la primera figura adulta que me orientó hacia el descubrimiento de muchos aspectos de la vida, y en la que siempre percibí una absoluta honestidad intelectual. Y al releerlas varios años después —era ya esposa y madre— sus páginas no habían perdido nada del vigor moral que me había impresionado de jovencita. Cuando pienso en ella siempre lo hago con afecto y gratitud. Es posible que ella lo sepa porque, como decía su madre, también puede ser

que «exista el Dios *Criador*».

De la escuela media en adelante entró en mi vida la entera ciudad de Lanciano, culta y teatral.

Frecuenté Lanciano durante los tres años de escuela media y los cinco de bachillerato. Muchos años después encontraría en Giorgio Manganelli las palabras para describir las sensaciones que Lanciano despertaba en mí: «De una rareza exquisita es la elegancia de Lanciano: una ciudad que ha sabido conservar, no obstante alguna mácula, un delicioso tejido urbanístico de *art nouveau* provinciano de una enorme y cordial ligereza; un entramado refinado y tenue que se apoya en la presencia de ciertas iglesias poderosas y adustas (...) Bella, cultamente teatral, se nos aparece esta garbosa y agraciada Lanciano; no exenta asimismo de algún que otro efecto de tragedia, de teatro de alto coturno: véanse a este respecto las iglesias gemelas de San Francesco y la Catedral, ambas añosas y postradas, de una belleza profunda... Me parece un exquisito acierto teatral, digno de una zarzuela, que Lanciano... se vanaglorie del único hipódromo de la región de Abruzzo.»^[8]

El último año de instituto lo viví enteramente en Lanciano, en la parte vieja de la ciudad, en la calle Valera, con tía Gelsomina, la hermana de mi abuela Laurina, de la que era la antítesis. Gelsomina, después de casarse, se había trasladado a Lanciano, pero el matrimonio se reveló infeliz, nunca he sabido si le fue impuesto y cuáles fueron los motivos. Era, sin duda, una mujer singular para su tiempo, y en un momento dado quiso también la separación del marido, tras lo cual había vivido sola durante largo tiempo. Todo esto había sucedido antes de que yo pudiera recordarlo. Cuando viví con ella hacía ya tiempo que había vuelto con el marido, pero no mostraba hacia él ninguna actitud de sumisión. En la pareja, ella era la más fuerte, la mujer que tomaba las decisiones. El tío Aleardo vivía en un mundo hecho de negocios equivocados uno tras otro; se había jugado todo un patrimonio. Creo que éste era el motivo de sus discusiones. Pero llegó un momento en que dejaron de discutir. Se hablaban lo indispensable y vivían como dos extraños. La calle Valera estaba en la parte vieja de la ciudad, un dédalo de callejones estrechos, cuesta arriba, con casas antiguas, palacetes, iglesias románicas; un sitio precioso, que hoy apenas ha cambiado.

A tía Gelsomina la recuerdo siempre vestida de negro, me dijeron que era así desde la muerte de un hijo, un niño de seis años, pero como era vanidosa quebrantaba este luto con el oro y los corales y, sobre todo, haciendo ostentación de sus abanicos. Venía a ver a su hermana, mi abuela, que, arraigada a un mundo restringido, nunca había dejado de ser una pueblerina. Laurina no se había alejado nunca de casa, salvo en una ocasión. Hablaba de ello como de un acontecimiento extraordinario: había estado en Roma en casa de un famosísimo profesor universitario, no sé bien debido a qué importante y seria enfermedad, y, antes de la consulta, recordaba haber dado un paseo; su recorrido turístico había tenido lugar en el cementerio del Verano.^[9] Su fantasía había quedado impresionada ante la monumentalidad del lugar, y me pedía, durante los años en que yo frecuentaba la

universidad en Roma, que fuera a verificar si tal estatua o capilla, de las que me indicaba la localización exacta, eran tal y como ella las recordaba. Hablaba de la estatua de un marinero. Yo no tenía tiempo para ir al Verano, pero para contentarla le decía que sí, que todo era exactamente como ella lo recordaba.

Lanciano había tenido un editor importante: Carabba. ¿Qué había sido de él? La biblioteca de los curas estaba llena de los libros de Carabba, y en aquellas ediciones había leído por primera vez *Mujercitas* (subtítulo: *De una Navidad a otra*).

Hace algunos años conocí con inmenso placer la triste y bonita historia de este editor frentano, historia que con suma amabilidad reconstruyó para mí el profesor Emiliano Giancristofaro; y volví a tener ante mis ojos las magníficas portadas de la colección *Cultura dell'anima*, y llegué a saber que habían sido diseñadas por Ardengo Soffici, y que la colección la había dirigido Giovanni Papini. Entonces estos nombres no me hubieran dicho nada, como tampoco me hubiera dicho nada el nombre de Eva Kuhn Amendola, esposa de Giovanni Amendola y madre de Giorgio, directora de la colección *Classici del fanciullo*, de la que también me abastecí a manos llenas.

Lanciano se ofrecía ante mí, una estudiante de bachillerato, como un lugar nuevo y sorprendente. Sabía poco de ella, generalidades, no mucho más que acotaciones: Anxanum, capital de los frentanos; el puente de Diocleciano; las ferias medievales; la presencia de una antigua comunidad judía; el teatro Fenaroli; Nápoles como capital y lugar natural de emigraciones intelectuales; la Lanciano del *art nouveau* la ciudad que conocía mejor, la de los palacios umbertinos y las construcciones modernas de la postguerra de la Segunda Guerra Mundial.

Con los años, hay ciertas cosas lejanas sobre las que la memoria, en lugar de cubrirlas de polvo, trabaja como un orfebre y hace que las imágenes afloren diáfanas, tersas, pulidas. Así me sucedió a mí con uno de mis maestros, el profesor Ericle D'Antonio. En los años que cursé el bachillerato de Letras fue mi rector, y durante un par de años, aunque aquí la memoria parece vacilar, mi profesor de latín.

Dos imágenes: una de rector y otra de profesor.

Ha sonado la campanilla de entrada, entramos en el portal y subimos las escaleras del bonito edificio umbertino. En la primera planta, después de una puerta de cristales amplia y abierta, se extiende un largo pasillo al que dan las aulas. Antes de adentrarnos en el pasillo, todos los días, pasamos delante del rector. Las manos detrás de la espalda; el cuerpo erguido, delgado; las gafas, y detrás de los cristales, dos ojos vivos, atentos, posando la mirada sobre nosotros.

Siempre vestido de manera impecable: chaqueta y corbata; cuando era invierno, unos chalecos de punto de colores tenues. La suya era una elegancia innata, que nada tenía que ver con la indumentaria. Era algo que le pertenecía como persona; hoy diría que tenía un no sé qué de aristocrático. A los adolescentes como nosotros nos inspiraba un respeto instintivo, algunas veces temor. Tenía fama de hombre severo,

tal vez incluso de rígido. Hoy pienso que era también un hombre tímido, sobrio en el uso de la palabra como en la forma de vestir. Permanecía allí, quieto, hasta que pasaba el último estudiante. Era un ritual, si queremos, pero como todos los rituales, llevaba implícito un mensaje. Y para mí significaba que él y aquel edificio umbertino, con las aulas y con todo lo que cada día íbamos a dar y recibir en aquel lugar, eran todo uno. El creía en la escuela, la amaba, sentía que formaba parte de ella y quería demostrarlo de ese modo, sin demasiadas palabras, permaneciendo allí, al final de la escalinata, para acogernos con su presencia, todos los días, un día tras otro. Me infundía temor, pero también inspiraba en mí la idea de que estudiar era algo importante, y que la enseñanza era un cometido alto y noble.

Está sentado en la cátedra y es la hora de latín. Estudiamos *La Eneida*. Lee con voz segura, límpida: *Nisus erat portae custos, acerrimus armis...*^[10]. Está ligeramente encorvado sobre el libro, una mano —los dedos largos, sólo una alianza en el anular, la piel clara de quien sólo toca los libros— marca el ritmo del hexámetro acompañando su propia voz y en el aula reina el silencio. Si alguno se distrae, lo reprende. Tiene una cara siempre seria pero serena, no da demasiadas confianzas, con él se toma la lección y basta. No era consustancial en él la familiaridad del trato con los alumnos; cada uno en su sitio: tú eras el estudiante y él era el profesor. Pero esto no quería decir que guardase las distancias. Jugaba con las cartas descubiertas porque era honesto y no se esforzaba en ser diferente a como era: severo, pero, antes que nada, justo.

Tengo hacia el profesor D'Antonio una deuda de gratitud, y sé por qué le tengo que estar agradecida: por el conocimiento que me transmitió, por haberme hecho intuir las salidas que sólo el estudio y la cultura pueden proporcionar, por haberme hecho sentir el ritmo cadencioso, antiguo y bello del hexámetro, por haberme ofrecido un modelo de rigor intelectual. Pero también por haber estado allí, sobre el rellano del primer piso esperando cada día, un día tras otro, que yo entrase en la escuela junto a todos los demás estudiantes.

Durante tres años disfruté de otro encuentro afortunado: Benito Lanci, mi profesor de griego. Ya por entonces, si bien de modo confuso, me percibía a mí misma gozando de una condición privilegiada. Era estudiosa, diligente, mostraba un gran respeto hacia todos los profesores, aunque me aburría con algunos de ellos. Pero en sus clases no sucedía nunca. Hay dos palabras ligadas a él, dos adjetivos, que pronunció en momentos diferentes y que ejercían sobre mí una fortísima potencia evocadora. Una era de Homero, la otra de Píndaro: *plateado* y *rugiente*.

Yo veía, literalmente veía en mi mente, el mar rugiente y embravecido de Ulises y una extensión de olivos agitada por el viento en la llanura de Delfos. Algunas lecciones son inolvidables. Lanci descollaba, con aquella mole suya que rebasaba con mucho los cien kilos, a veces con un libro abierto en la mano. Se movía con pasitos cortos, pero nunca entre los pupitres, siempre junto a la cátedra, en un lateral. Y las

palabras griegas brotaban de sus labios como un río sonoro, una lectura viva y participada, a veces enfática. Me llegaba aquel torrente de sonidos que permanecían incomprensibles en cuanto me resultaba imposible atrapar los significados sólo a través del oído. Me encantaba su lectura apasionada porque —¡oh, milagro de los milagros!— él leía aquella lengua fascinante y misteriosa y parecía sufrir una transformación. En su cabeza se activaba una perfecta traducción simultánea que le consentía el énfasis, las pausas justas, los tonos susurrados y aquéllos más declamatorios. Yo guardaba silencio y escuchaba con reverente admiración por el hecho de que poseía, y no había duda alguna de que así era, un acceso privilegiado, una llave cabal y perfectamente forjada para aquel mundo y aquellas palabras.

En casa, sobre todo durante el último año de instituto, había veces que lo imitaba. Quería que de mi boca surgiera también una lectura entonada. Me ejercité bastante con *Por la libertad de los Rodios* de Demóstenes, pero era la poesía lo que hacía más arduo el empeño, a causa de la forma métrica. Y frente al espejo, en mi dormitorio, imitaba a mi profesor declamando con el aliento justo, las debidas pausas y cesuras, los versos de los trágicos. ¿Se trataba sólo de una manía, un juego o una muestra de vanidad? No lo sé. Pero sé que aquel mundo al que el profesor Lanci me había permitido acceder, métrica incluida, hizo de mí una muchacha, y luego una mujer, más atenta a la potencia de las palabras, a su significado, a su música. Gracias a mi profesor, el amor por la literatura, el mito, el cine —¿cómo no recordar las sesiones matinales de los domingos del Cine Fórum Jean Vigo, creado por iniciativa suya?— entró con fuerza en mi vida de adolescente, y ya no me dejó. A él le debo el descubrimiento de la épica clásica, de los trágicos y de los líricos griegos. Algo ha quedado de aquellos versos aprendidos de memoria. De todo *Alceste*, la entrada del coro: «¡Oh, sol y luz del día, celestes torbellinos de una nube errante!...»,^[11] que todavía hoy me parece de una límpida belleza, un íncipit perfecto.

Durante los años que he pasado dedicada a la enseñanza, nunca he abandonado la lectura en voz alta de la poesía clásica. Traducida, porque de otro modo no me hubiera sido posible, dado el sistema de estudios, donde ni el latín ni el griego están previstos.

Hay ciertos niveles superiores de la poesía que no pueden estar ligados al conocimiento de la lengua, sería como decir que no leo a Tolstói porque no conozco el ruso. Tampoco habría ninguna razón para dejar al margen a ciertos clásicos alegando que resultarían poco cercanos a los jóvenes. Esta idea me parece un disparate. Gracias a Dios, la literatura no tiene nada que ver con la actualidad. Al exponer algún pasaje de la *Eneida* o de la *Odisea* o de Lucrecio, siempre me he dicho: imagínate que esta vez les gusta de verdad. Y en tal caso, como si de una biblia se tratara, he propuesto el ensayo *Arma virumque*, de Luca Canali, cuya lectura podía añadir algo más después de que determinados versos —lo percibía por el grado de atención— hubieran dado en el clavo.

La rabia y el dolor de Dido siempre me han impresionado: «*Pero la reina (¿hay quien pueda engañar a un enamorado?) / presintió la trampa y adivinó el siguiente paso la primera, / temiendo porque todo andaba bien /... ¡Ay, las Furias encendida me tienen!*», así como me fascinaba el que, presa de la desesperación y la locura, recurra a una sacerdotisa para que le lance un maleficio a Eneas: «*...y la sacerdotisa, suelto el cabello, / invoca con voz de trueno a sus trescientos dioses / ya Erebo y Chaos / y Hécate trigémina, los tres rostros de la virgen Diana. / (...) Y reza entonces al numen justo y memorioso, / si es que lo hay, / que cuida de los amores no correspondidos*».^[12] Y a Dido me he remitido cada vez que he presentado a Ermegarda: «*Amor tremendo el mío, / tú no lo conoces todavía. ¡Oh! Todavía / no te lo mostré...*».^[13]

No he abandonado la idea de sacudir la mente y el corazón de los jóvenes vendiéndoles la única mercancía que soy capaz de vender: un poco de poesía, de literatura, de historia. La ofrezco de la única manera que sé: con entusiasmo, que es gratuito por naturaleza y, a veces, contagioso.

Leer era echar a volar, aislarme del mundo, pero, al mismo tiempo, aprender a verlo y comprenderlo mejor. Leía en todas partes: en los trenes, en las salas de espera de las estaciones, en mi dormitorio echada en la cama, en el mar, de pie, sentada, tumbada, boca abajo. El jardín de la casa de los curas siguió siendo por siempre un lugar precioso y perfecto.

Los libros eran también los de la escuela. Sagrados. Nunca los maltraté. Eran un regalo de otoño. En los años de instituto copiaba en un cuaderno frases memorables, palabras que ejercían sobre mí una particular sugestión, estrofas, epigramas... Forrado con un papel de cuadritos blancos y azules, aún lo conservo conmigo; ha sufrido numerosos traslados, y a estas alturas me resulta ya bastante lejano e inútil del todo, pero no me decido a desprenderme de él. En sus hojas puede verse la ingenuidad de una adolescente que leía a Alain y a Pascal, a Prevert y a Pratolini, que metía en el mismo saco a Tagore, Pavese y Chikamatsu Monzaemon, nombre este último con el que nunca me he vuelto a topar.

Vuelvo a encontrarme con este recorte de Pratolini, extraído de *La constancia de la razón*, y que todavía hoy me parece verdadero por demás: «*Ahora sé que la felicidad es un sentimiento secreto, exclusivo, inquisitorio, dulcísimo y supremamente cruel. Se está protegido como en un palacio de hierro y cemento, con grandes vidrieras; y al mismo tiempo es un reflejo en el agua que no sólo la brisa, sino la simple sombra de alguien que pase, puede alterar. (...) La felicidad no se puede contar. Al igual que la lluvia al resbalar por los cristales dibuja y borra imágenes fantásticas, apenas si se pueden anotar los momentos culminantes que nos permiten entrever la felicidad. (...) Y sé otra cosa acerca de la felicidad: que es muda*».^[14]

Hay lecturas, nombres, libros, que ya no he vuelto a encontrar. Hasta el punto de

que, a veces, he llegado a pensar que había soñado determinados títulos, algunas frases, diferentes nombres.

Por ejemplo, sé que me gustó muchísimo un libro que se llamaba *Dime que me amas, Junie Moon*. De aquella lectura, que doy por cierta, me queda un vago recuerdo y, nítido, el título, que me parece precioso.

¡En Lanciano había librerías de verdad, no como la librería San Pablo! Las dos más importantes, todavía hoy en activo, son D'Ovidio y Barbati. En la actualidad, ambas están en la avenida principal; en otro tiempo, D'Ovidio en la avenida Roma. Las frecuentaba por los libros escolares. Mimi Barbati era un jovencito delgado y ágil; la madre siempre estaba en el local, pero, por lo general, se limitaba a controlarlo todo; era Mimi el que trepaba anaqueles arriba y saltaba de un mostrador a otro... ¡Era el heredero de aquel reino! Barbati y D'Ovidio, gracias al cielo, forman parte de esa rara categoría de verdaderos libreros, que no quiere decir vendedores de libros, sino personas que, antes de venderlos, aman los libros, los leen, los piensan. Por suerte, más tarde seguí encontrándome con este tipo de libreros. Su historia debe ser reconstruida aquí, también por las relaciones de amistad que surgían: en primer lugar, y antes que ningún otro, en Roma, Giorgio y Luciana Rossetti, dos personas de encanto inigualable, hoy retirados en un pueblo lleno de rosas. Y luego, en Milán, la generosa Antonella Viganó; en Várese, la sumamente sensible Giovanna. En Messina, ese volcán de energía que es Daniela Bonanzinga. De nuevo en Roma, Luisa Spada, de la librería Traspontina, el gran Marcello, del Grupo Arion, y Piera, de Pergamon —nacida en la región de Abruzzo, tiene, por tanto, mis mismas raíces; cultísima, se apellida D'Annunzio porque es pariente del poeta de igual nombre, pero, por encima de todo, ¡es sobrina nieta del escritor Ennio Flaiano!—. Y Chieti Antonella, heredera generosa y culta de la histórica De Luca, y Vasto Germana, que me dio a conocer a dos autoras apasionantes: Alice Munro y Joyce Carol Oates... Y quedan muchos más.

Como todo círculo acaba cerrándose, hace algunos años, en Lanciano, floreció otro librero de los de verdad; ni siquiera sé cómo se llama él, sólo sé que es un hombre que ama los libros. Su librería se llama Gulliver.

Leer y estudiar era un modo de encontrarme a mí misma, de aprender a saber quién era yo y quién no era. Fue descubrir el significado de palabras abstractas: belleza, justicia, dolor, vergüenza, rabia.

En el mismo cuadernito forrado con papel a cuadros, entre los poemas memorables, apareció Langston Hughes, y con él, creo, una elección que con los años ha asumido muchos rostros y recorrido muchos caminos, pero que, en el fondo, ha significado oponerse a toda forma de violencia y racismo: «*Noble dama sureña, / no os desmayéis. / Sólo han ahorcado a un negro / a la sombra de la luna. / Han ahorcado a un hombre negro / en un árbol junto al camino, / a la sombra de la luna, /*

para que el mundo vea / cómo Dixie protege / a sus mujeres blancas. / Noble dama sureña, ¡calmaos! / ¡Calmaos!».

Muchos años más tarde, permanecer alejada de la lectura se correspondió con un tiempo de obtusa infelicidad en el que cualquier pequeña vibración hubiera podido hacerme caer en un agujero negro. Y así —con el alma afligida y amarga, pero inmovilizada en una atonía tranquilizadora— subsistía sin historias, sin libros, sin librerías. Sólo me permitía hojear al azar alguna revista, hacer innumerables crucigramas y pasatiempos, así como minuciosas labores de ganchillo. Todo aquello había ocupado el lugar de los libros, y durante algunos oscuros años fue suficiente.

Fue María Adelaide, una amiga y colega, quien me sacó de aquella muerta ciénaga^[15] regalándome las *Memorias de Adriano*. Fue un tapón que explotó y abrió de par en par, nuevamente, mi fuerte, apremiante e inextinguible necesidad de navegar entre las páginas de los libros. Quería comprenderme a mí misma, saber el origen y la causa primera de aquella obtusa infelicidad. Para hacerlo —lo intuí de un modo subyacente y ajeno a la conciencia— aquél era el camino. Adentrarme en las palabras que hablaban de un emperador romano del siglo II, me ayudaba, en los primeros años 80, a no dejar que se me congelara el corazón. Cuando llegué a la última página, volví al epígrafe, a los versos del emperador: *Animula vagula, blandula, / hospes comesque corporis, / quae nuncabibis in loca / pallidula, rígida, nudula, / nec, ut soles, iocos...* Y lloré.^[16]

De vez en cuando oigo decir a alguien: no leo narrativa, sólo ensayo. ¿Por qué? ¿Qué defensa se puede argüir? Durante los primeros años de prolongado psicoanálisis, fue más o menos así. Sólo leía obras publicadas por Astrolabio y Boringhieri: una escolarcilla perfecta, inútilmente laboriosa e incluso nociva.

Después de aquel retorno a la lectura, algunos libros, releídos al cabo de los años, no me produjeron la misma magia. Estaban ligados a una edad: el Pavese de las poesías, gran parte de Neruda. Otros, en cambio, volvieron a mí más arrebatadores: *Las hermanas Materassi* de Aldo Palazzeschi, *Tres cruces* de Federico Tozzi, *Léxico familiar* de Natalia Ginzburg y *Casa sin amo*. Este último, fue mi primer encuentro impactante con la escritura de Heinrich Böll, uno de mis autores preferidos.

De los diez a los diecisiete años ocupó un lugar fundamental en mi vida la Línea de Ferrocarril Sangritana. En estos vagones blancos y azules que atravesaban todo el valle del Sangro, iba y volvía diariamente de Lanciano. El mío era el tren de las siete y media de la mañana; lo llamaban el tren de los estudiantes y, de hecho, iba lleno de chicos y chicas. Era el lugar de los encuentros, de las miradas, de los primeros y tímidos cortejos. Al primer tren de la mañana se le llamaba el de las tabacaleras, mujeres de mi pueblo que trabajaban de obreras en la Fábrica de Tabacos de Lanciano. Numerosas, desinhibidas, se reían a gritos, me parecían tal vez incluso algo malhabladas. Recuerdo bien a las tabacaleras; se parecían a ciertas encarceladas que la Maslova de *Resurrección* tenía como compañeras.

La Sangritana efectuaba también varios recorridos por Pescara. Lanciano, en comparación, era terriblemente provinciana y pasada de moda. Pescara, en cambio, en los años 60, era un hervidero de modernidad, edificios de cristal y cemento, calles, tiendas, coches. El tráfico me parecía señal de vitalidad. A Pescara se me permitió ir sola desde los quince años en adelante, e iba para hacer la compra a la Standa o sólo a pasear. Sucedió tres o cuatro veces al año, pero para mí era como ir a Nueva York. Naturalmente, un libro adquirido allí remataba la belleza de mi tarde de compras ciudadana. Tal vez fuera para celebrar la jornada por lo que escribía la fecha y el lugar. Y así, sobreviviendo a los años y a las mudanzas, encuentro de nuevo *Retrato de una actriz (Julia)*, Pescara, 13 de septiembre de 1963; Radiguet, *El diablo en el cuerpo*, Pescara, 20 de junio de 1966; Cronin, *Gracia Lindsay*, 1 de agosto de 1963; *La estirpe del dragón* de Pearl S. Buck, 6 de octubre de 1965; una *Madame Bovary* sin fecha, sólo el año, 1965, primer volumen de la colección *Garzanti per tutti*, en versión de Oreste del Buono, impreso en caracteres microscópicos; un Orwell, *Que no muera la aspidistra*, diciembre de 1966; dos Tobino: *La brace dei Biassoli* y *Le libere donne di Magliano*.

Con Tobino se me abre otro modo de pensar y nace mi interés, ni frío ni científico, sino plenamente humano y dolorosamente empático, por la enfermedad mental. «¿Qué significa estar loco? —se pregunta Tobino—. ¿Por qué se está loco? Una enfermedad de la cual no se sabe ni el origen ni el mecanismo, ni por qué acaba ni por qué continúa. Y a esta enfermedad, que no se sabe si es una enfermedad, nuestra soberbia la ha denominado locura».

Durante los años en que se discutía la Ley 180/78^[17] me desconcertó que Tobino no parara de ponerla en entredicho. Preveía en ella —ahora lo comprendo— un sinfín de desastres y, sobre todo, constataba la posición eminentemente ideológica de muchos de los que la defendían. Yo formaba parte de aquéllos que creían ciegamente en la Ley Bassaglia, y no comprendía la aversión de Tobino, no me *cuadraban las cuentas*. ¿Cómo era posible? ¿Precisamente él, que había elegido vivir entre los locos de Magliano?

Algunas escenas: yo con un libro. Una página; a veces unas cuantas palabras, pero que supusieron una epifanía. Es una instantánea. Sé que viví aquel momento, que estuve allí, con aquella luz, con aquel vestido, en aquel lugar, aquel día, en aquel pedazo de mi vida que ya es pasado. Y lo sé porque algunas palabras me atravesaron como un aguijón. *Los Buddenbrook* siempre serán para mí un tren Pescara-Ancona con billete de vuelta. Las patillas de Grünlich^[18] son para mí la parada en la estación de Giulianova. *El arpa de hierba* es mi casa, la habitación del piso de arriba, el jarrón con las dalias. Estoy leyendo lo de la casa aérea, lo del regio aislamiento de Collin, Dollin Talbo y la vieja Catherine Creek en la balsa entre un mar de hojas del enorme sicomoro. Mi mirada, entonces, se posa sobre el valle del río en busca de un sicomoro. En la novela de Capote, Collin Fenwich, el protagonista, recordaba los

años de una adolescencia transcurrida, después de haberse quedado huérfano, con las extravagantes primas de su padre. Venera y Dolly Talbo, dos solteronas, en un pueblecito de Alabama, que a mí sin embargo me parecía muy similar a San Vito Chietino. Nada más salir del pueblo «una deslumbrante colina de lápidas blancas como huesos y oscuras flores resacas: el cementerio baptista»; a los pies de la colina «se extiende una pradera que cambia de color con las estaciones», y a finales de septiembre, «cuando se torna roja a la puesta del sol, las sombras de color escarlata, semejantes al resplandor de una hoguera, pasan sobre la hierba, arrastradas por las arpas otoñales, que, al agitar suavemente sus hojas, emiten un leve suspiro parecido a la música humana: un arpa de voces». Puede que faltase el sorgo, pero todo era similar al recodo del río Feltrino al que íbamos Lelia, la maestra y yo.

Collin narra los años felices y las fantásticas aventuras vividas en este lugar luminoso e inmenso. De cuando la soñadora Dolly Talbo y Catherine Creed, la vieja criada afro-india de los Talbo, deciden abandonar a la escuálida y dura Verena para irse a vivir en una casa flotante, encima de un sicomoro, y se unen a ellas el viejo juez Cool, enamorado de Dolly, y el joven Ridley Henderson. La casa sobre el sicomoro, similar a una balsa sobre un mar de hojas —tal y como Dolly le había señalado—, «era un barco, y sentarse en ella era hacerse a la vela a lo largo de la costa brumosa de todos los sueños». Pero de los sueños siempre se vuelve a la realidad. Collin y los demás se ven obligados a capitular y deciden, pasados unos días, abandonar el regio y exaltante aislamiento que habían hallado en lo alto del sicomoro: «No nos llevamos nada con nosotros: dejamos el edredón para que se pudriera, las cucharas para que se oxidaran; y la casa del árbol y el bosque se los cedimos al invierno».^[19] Esta vivencia de la casa flotante no la había experimentado, pero sentía que cuadraba conmigo a la perfección. En todo caso, si hubiera tenido que probar una experiencia parecida, tenía a alguien que podía sustituir a Dolly. Un fuerte lazo de complicidad me ligaba a Livia, una muchacha que nos ayudaba en casa y que vivía con nosotros, con la cual hacía a veces cosas prohibidas, provocaciones. Por ejemplo, hacíamos pis durante días seguidos en ciertos tiestos de aspidistra que detestábamos, y las plantas se morían; nosotras nos reíamos furtivamente y mi madre decía: «¿Pero por qué se morirán estas plantas?».

La enseñanza era el camino para seguir con los libros. Enseñar literatura.

Ciertos períodos, como los años de universidad o, sucesivamente, los de mi psicoanálisis, fueron años de considerables restricciones económicas: los libros me parecían caros entonces... y yo leía muchos, demasiados. Sacarlos de la biblioteca pública no me gustaba, los quería míos.

Aprendí a frecuentar las librerías de saldo, las librerías de viejo. Buscando bien, se pueden encontrar tesoros. Desde un tenderete llegó a mis manos la edición de Longanesi de *La marcha Radetzky*.

El 24 de junio de 1859, durante la batalla de Solferino entre el ejército austríaco y

el francopiamontés, un lugarteniente de infantería esloveno, Joseph Trotta, le salva la vida a Francisco José, el joven emperador del Imperio Austro-Húngaro. En señal de gratitud recibe, junto al grado de capitán, el más alto de los honores: la orden de María Teresa y un título nobiliario.

Desde ese momento se convierte en el barón Joseph Trotta von Sipolje. *La marcha Radetzky* se abre con este episodio, y la narración prosigue, cubriendo un arco de tiempo larguísimo, hasta 1916, que abarca —en una suerte de secreta simetría—, por un lado, la vivencia humana de los Trotta, desde el héroe de Solferino al hijo, el jefe de distrito Franz Trotta, y al hijo de éste, Carl Joseph, oficial de caballería, y por otro, la del emperador Francisco José. Hasta el final: el del emperador, el del jefe de distrito Trotta, el del imperio y, en consecuencia, el de aquella Europa danubiana que, al desaparecer, marcó la disolución de un mundo.

Cautivadoras las últimas páginas, en las que se nos muestra al viejo jefe de distrito Trotta, solo y desorientado —su único hijo ha muerto durante las primeras acciones de la Gran Guerra—, de camino a Viena, bajo el castillo de Schönbrunn, durante la noche en que todo el mundo sabe que el ancianísimo Francisco José se está muriendo.

Mientras el emperador «moría y parecía un niño que abandona ya toda resistencia frente al sueño que le invade», y la lluvia «caía incansable y lentamente», el jefe de distrito Trotta, el hijo del héroe de Solferino, se queda allí toda la noche, bajo la lluvia suave e insistente, con el sombrero en la mano, hasta que las campanas comienzan a sonar anunciando que todo se ha consumado, y entonces, sólo entonces, el subprefecto se aleja. Tres días después él también morirá: el barón Trotta von Sipolje no podía sobrevivir al emperador.

En mi desgastado ejemplar hay varios fragmentos subrayados a lápiz. Uno es éste: «El emperador era viejo. Era el emperador más viejo del mundo. A su alrededor rondaba la muerte, trazando círculos y círculos, segando y segando. El campo ya estaba vacío y solamente el emperador, como una última espiga de plata olvidada, seguía todavía allí esperando».^[20]

Con esta mirada me aproximé seguidamente, ya adulta, a libros como *La Armada* de Franz Zeise y *Las ciudades invisibles* de Italo Calvino.

Dentro de mí me imaginaba a Francisco José, a Carlos V y a Kublai Kan muy parecidos: todos ellos viejos, melancólicos, afligidos por un extremo cansancio, imposibilitados ya para regir territorios infinitos, ya no intérpretes de la historia, sino del Fin de las Cosas. Creo que pertenece a la misma raíz mi amor por el viejo rey Carlomagno y sus paladines en el *Orlando Furioso*.

Continúo leyendo en todas partes: en la cama, en el tren, en el autobús, en el autocar, en el coche, en las salas de espera de médicos, abogados, laboratorios clínicos y estaciones, sentada en los bancos.

Tendida en la cama, de regreso de la librería; los libros recién comprados junto a

mí. Los huelo, los toco, releo la contraportada, cojo uno de ellos, luego otro, otro más; me encuentro en ese bienestar que sigue a la adquisición y precede a la inmersión en una historia. Ahí están: mis libros, un botín que me colma de simple alegría.

Hoy tengo junto a mí un libro de María Bellonci. Recuerdo cuando di por primera vez con las palabras de la escritora en el espléndido inicio de *Soccorso a Dorotea*, una de las tres partes de que se compone *Tu, vípera gentile*. Así fue como se ganaron mis simpatías Ludovico Gonzaga y Barbara de Hohenzollern. «Se miraron el uno al otro. Era el verano de 1457, fresco y mudable (...) Pero fuera cual fuera la estación, ellos dos, marido y mujer, estaban obligados a salir del fondo de sí mismos y encontrar el coraje de mirarse a la cara. No había modo de eximirse; el pragmatismo político horadaba toda delicadeza familiar». Me he leído entera la obra de Maria Bellonci. Tengo que decir que siento debilidad por las biografías y las autobiografías, pero es la mano que escribe, la música de la escritura, lo que hace posible que quien lee se sienta próximo a una vida y a un mundo. El género en sí mismo, como criterio de gusto, no cuenta demasiado, no es suficiente. Son muchos los libros con los que me he cruzado sin que hayan dejado en mí eco alguno.

Otros, en cambio, han permanecido, como la *Artemisia* de Anna Banti, *Recordatorios y Archivos del Norte* de Marguerite Yourcenar o *La penombra che abbiamo attraversato* de Lalla Romano.

Siempre he olfateado los libros, al igual que los cuadernos, con un gesto instintivo, primario, animal. Creo además que el olfato es el más potente de los sentidos. En todo caso, el que posee mayor poder evocador. Sirve para comprender, más que el gusto, si un guiso en cocción ha llegado a su punto; más que la vista y que el tacto, si un fruto está maduro o si el aire anuncia nieve o lluvia; si un vestido en apariencia limpio debería en realidad ser lavado; más que el oído y que la vista, si un aula pertenece a la escuela maternal, elemental o media: los niños tienen olores diferentes. En cuanto al olor de los libros, los olores son extraordinariamente variados. Las páginas brillantes, con las reproducciones de cuadros o fotografías, huelen a ácido, como los bocadillos envueltos en celofán que se venden en las estaciones; las páginas muy delgadas de papel biblia de los Meridiani huelen a lencería seca y planchada. Las páginas de los libros viejos huelen a polvos de tocador comprimidos, a polvos de talco; huelen a frasco de cristal vacío que durante un tiempo contuvo un perfume de magnolia o de nardo.

Cuando iba al instituto había libros escolares intonsos a los que había que cortar las páginas. Durante la operación exhalaba de los desgarrones un olor a grano, a hierba cortada pero no verde, ya un poco pasada o seca. Ciertos libros huelen a la tiza que usan las modistas. Los olores que exhalan los libros son su poesía.

La poesía: releando estas notas me doy cuenta de que he hablado poco de ella, que lo he hecho como de pasada. La belleza diferente y extraña del verso me llegó

mientras cursaba el bachillerato. Y lo hizo con «Padre», de Camilo Sbarbaro, y sé que se debió a las violetas. Las he amado siempre. Crecían sobre los muros de las casas, entre los ladrillos, incluso sobre la fachada de la iglesia. Todo ello antes de que fueran recubiertas de cemento y se volvieran lisas, y la iglesia un fulgor horrendo de mármoles blancos.

En el último año de instituto, un libro de texto recomendado, pero no obligatorio, me reveló que en lo referente a la poesía italiana podía buscar por mi cuenta, como una zahorí, entre aquélla que no figuraba en las antologías. El libro de texto se llamaba *De Carducci a los contemporáneos*, y fue precisamente Carducci el que despertó mi curiosidad con unas poesías tan diferentes a las del programa: «*Llamo a tu puerta cerrada con un ramito de flores / Glaucas y azules, como tus ojos, ¡oh Annie!*»^[21] Pero también lo hicieron Salvatore Quasimodo, Vittorio Sereni y Giorgio Caproni. Eran textos poco conocidos. Ya de mayor, ejerciendo de profesora, llegaría a preguntarme por qué razón no aparecía nunca en los libros de texto, por ejemplo, el poema de Quasimodo «Casi un epigrama»: «*El contorsionista en el bar, melancólico / y bohemio, se levanta de golpe / de un rincón y nos brinda un breve / espectáculo. Se quita la chaqueta / y, en jersey rojo, arquea la espalda / hacia atrás y agarra como un perro / un pañuelo sucio / con la boca. Por dos veces repite / su descamisado puente y luego se inclina / con su plato de plástico. Nos desea / con ojos de hurón / que tengamos fortuna en las quinielas y desaparece. / La civilización del átomo se halla en su apogeo*».^[22]

A los veinte años, más o menos, me tropecé con Paul Éluard. Se trataba de un poema suyo que el presidente francés Georges Pompidou había citado refiriéndose al suicidio de Gabrielle Russier, una joven maestra parisina que acabó siendo procesada por una relación *escandalosa* con un alumno de diecisiete años.

El caso había inflamado a la opinión pública, eran tiempos de grandes agitaciones en el mundo de la enseñanza, no hacía mucho que había estallado aquello que pasó a la historia como el Mayo francés. El caso Russier me apasionó, y el suicidio de aquella mujer de treinta y dos años, culta, sumamente sensible, madre de dos niños, las diligencias del proceso al que fue sometida, el valor con el que lo afrontó y, luego, el derrumbamiento final, me desconcertaron. De aquellas emociones queda la poesía de Éluard y el estrecho lazo que desde entonces empecé a tejer en torno a algunos poetas franceses.

«*Comprenne qui voudra*» es el poema que citó el presidente Pompidou. Paul Éluard había escrito debajo del título: «En aquellos tiempos, para no castigar a los culpables, maltrataban a las prostitutas. Se llegaba incluso a raparlas». Los tiempos a los que se refiere Éluard son los días inmediatamente posteriores a la Liberación, cuando era frecuente asistir al obscuro espectáculo de mujeres obligadas a caminar desnudas y rapadas por las calles, befas y humilladas por haber concedido sus favores a los alemanes.

Pero aquí está el poema: «*Que comprenda quien quiera / Fue mi remordimiento / La desgracia que allí / Quedó sobre el asfalto / La víctima razonable / Con el vestido roto / Con la mirada de un niño perdido / Sin corona desfigurada / Semejante a los muertos / Que murieron para ser amados / Una muchacha hecha para un ramo de flores / Y cubierta / Por el negro escupitajo de las tinieblas / Una chica galante / Como una aurora de primero de mayo / El animal más amable / Manchada y sin comprender / Que está manchada / Un animal caído en la trampa / De los amantes de la belleza / Y mi madre la mujer / Quería adormecer / Esa imagen ideal / De su desgracia en la tierra*». [23]

Estoy en clase, y como un relámpago me vuelvo a ver a mí misma de pequeña, inmersa en la lectura. Muy raras veces durante las clases de italiano, más frecuentemente durante las de historia, mi alumna Lorena lee, sin molestarse siquiera en ocultarlo, mientras pregunto o mando hacer los deberes o repito por enésima vez cosas ya dichas a los alumnos zoquetes. Ella tiene un libro protegido por un pequeño muro de otros libros y lee. Sé que le han dado un aprobado en los exámenes de tercero de primaria. Cómo han podido hacerlo es un misterio. Lorena tiene dentro de sí un mundo abierto de par en par, listo para recoger palabras, historias, vida. Cuando lee a escondidas se queda absorta. Y absorta regresa entre los compañeros, y al presente si la llamo al orden. Procuro no hacerlo, pero a veces es preciso. Lo evitaría de buena gana, pero no puedo.

He llegado a conocer a personas que no leen nunca, lo que se dice nunca. Me siento desarmada, ni siquiera soy capaz de imaginar una vida sin un libro. No hago juicios de valor, pero me quedo estupefacta como ante un misterio bufo. No leer nunca es como ir al mar y no meterse en el agua. Sólo contraindicaciones médicas u otras graníticas prohibiciones pueden justificar la privación a la que se somete un cuerpo no abandonándose al agua salada que balancea, mece y desanuda tantos enredos, y regala instantes de completo y perfecto abandono.

La lectura es un hilo de Ariadna que se desenreda, y mientras se sujeta un cabo, puedes adentrarte en los laberintos sin perderte, puedes encontrar minotauros y una estancia tras otra, puedes «negociar con las sombras», por usar una expresión con la que Margaret Atwood se refiere a la escritura.

¿Pero acaso no es la lectura la vertiente de un único cuerpo dual?

Durante toda mi juventud transité entre los libros con una navegación a la vista, pese a que los estudios y la edad me volvían, según iba avanzando, algo más avispada en mis elecciones. Pero la brújula para decir sí o no seguía siendo el placer que me proporcionaba aquel libro o aquel autor. Pensándolo bien, en el fondo, luego he seguido haciendo lo mismo: o las páginas tenían algo que decirme, o no. Desde hace relativamente poco reflexiono sobre la lectura y sobre la literatura, sin miedo ni autocensuras, sin sentirme una incapaz si no aprecio al autor admirado por muchos. Libros chapuceros, escrituras opacas o sólo efectistas, historias construidas sólo con

teoría, sin un impulso urgente, sin alma. Ahora tengo el valor de no leerlos, de abandonarlos a su propia incuria. Puedo decir, como *Bartleby el escribiente*, «I would prefer not to», preferiría no hacerlo.

NOTA DE LA AUTORA

Detrás de todo título se esconden otros muchos. *Los libros son tímidos* se podría haber titulado *Del leer en la joven edad*, subrayando así el arco temporal sobre el que me he detenido a propósito. Una época y unos lugares: Celenza sul Trigno, San Vito, Chietino, Lanciano, Ortona, Pescara. Los años en Roma como universitaria y como profesora han quedado por lo tanto excluidos. Volveremos sobre ellos, retomando el hilo en otros lugares y en otro tiempo.

LOS LIBROS DE ESTE LIBRO

NOTA DEL TRADUCTOR

Para la presente edición castellana hemos seguido fielmente el índice de libros original, si bien ahorrándole al lector las referencias bibliográficas italianas y señalando directamente la edición española de los libros que se citan, a excepción de aquéllos que no han sido traducidos a nuestra lengua. Hemos incluido además, siempre que nos ha sido posible, el nombre del traductor de todas y cada una de las obras. En cuanto a los clásicos, nos hemos permitido indicar al lector las traducciones a nuestro juicio más recomendables.

Las indicaciones que siguen no pretenden ser exhaustivas, sólo quieren proporcionar una información bibliográfica. Se indica, por tanto, la edición más reciente o accesible. En ciertos casos, al no ser esto posible por tratarse de ediciones descatalogadas, se ha indicado una edición antigua, aunque sea difícil de encontrar. De algunos clásicos, por último, no se proporciona ningún dato en concreto, dadas las muchas versiones disponibles. El lector avezado sabrá, si es que no lo ha hecho ya, cómo proveerse por su cuenta.

Giulia Alberico

Alcott, Louisa May: *Mujercitas*, De bolsillo, 2010, traducción de Gloria Muñoz.

Alighieri, Dante: *La Divina Comedia*, Seix Barral, Barcelona, 2004, traducción y prólogo de Ángel Crespo.

Ariosto, Ludovico: *Orlando furioso*, Espasa Calpe, BLU, Madrid, 2005, traducción e introducción de José M^a Micó.

Atwood, Margaret: *Negotiating with the Dead: A writer on writing*, Cambridge University Press, 2002.

Bellonci, Maria: *Tu, vípera gentile*, Mondadori, Milán, 1998.

Böll, Heinrich: *Casa sin amo*, Seix Barral, Barcelona, 1985, traducción de Margarita Fontseré.

Brontë, Charlotte: *Jane Eyre*, Alianza, Madrid, 2006, traducción de Elizabeth Power.

Buck, Pearl S.: *La estirpe del dragón*, Debolsillo, Barcelona, 2009, traducción de Juan G. de Luaces.

Calvino, Italo: *Las ciudades invisibles*, Siruela, Madrid, 2009, traducción de Aurora Bernárdez.

Canali, Luca: *Arma virumque. Pagine di letteratura latina*. Rizzoli, Milán, 1988.

Capote, Truman: *El arpa de hierba*, Anagrama, Barcelona, 2007, traducción de Joaquín Adsuar Ortega.

Cronin, A. J.: *La dama de los claveles y Gracia Lindsay, Obras completas*, Juventud, Barcelona, 1958, traducción de Eduardo Guzmán Espinosa y Zoé Godoy Hermosilla.

Céspedes, Alba de: *Cuaderno prohibido*, Libros Reno, Plaza & Janés, Barcelona, 1973, traducción de Rosa S. de Naveira.

De Roberto, Federico: *Los virreyes*, Acantilado, Barcelona, 2008, traducción de José Ramón Monreal.

Demóstenes: *Por la libertad de los rodios, Discursos públicos y privados*, Gredos, Madrid, 1993, traducción de Antonio López Eire.

Dickens, Charles: *La pequeña Dorrie, Obras completas*, Aguilar, Madrid, 1950, traducción de José Méndez Herrera.

Dodge, Mary Mapes: *Los patines de plata*, Gaviota, Madrid, 1991, traducción de Tradutext.

Dreiser, Theodore: *Una tragedia americana*, Punto de Lectura, Madrid, 2007, traducción de Mariano Orta Manzano.

Éluard, Paul: *Poemas*, Plaza & Janés, Barcelona, 1972, edición bilingüe, versión de Jorge Urrutia.

Eurípides: *Alceste, Tragedias I*, Gredos, Madrid, 1990, traducción de Alberto Medina González y Juan A. López Férez.

Faulkner, William: *El ruido y la furia*, Alfaguara, Madrid, 2006 traducción de Ana Antón Pacheco; *Sartoris*, Seix Barral, Barcelona, 1993, traducción de José Luis López Muñoz.

Flaubert, Gustave: *Madame Bovary*, Alianza, Madrid, 2008, traducción de Consuelo Berges.

Gasperini, Brunella: *Una donna e altri animali*, Baldini Castoldi Dalai, Milán, 2004.

Gaglione P. y L. Tas, (a cura di): *Essere o riessere. Conversazione con Gesualdo Bufalino*, Omicrom, Roma, 1996.

Getto G., Portinari F.: *Dal Carducci ai contemporani. Antología della lirica moderna*, Zanichelli, Bolonia, 1966.

Ginzburg, Natalia: *Léxico familiar*, Lumen, Barcelona, 2007 traducción de Flavia Company.

Hilton, James: *¡Adiós, Mr. Chips!*, Obras, Plaza & Janés, Barcelona, 1970.

Homero: *La Odisea*, Gredos, Madrid, 2010, traducción de José Manuel Pabón Suárez de Urbina.

Hughes, Langston: *Blues*, Pre-textos, Valencia, 2004, traducción de Maribel Cruzado.

Lawrence, D. H.: *El pavo real blanco, Narrativa completa*, tomo VII, Colección Summa Literaria, Seix Barral, Barcelona, 1987, traducción de J. Ferrer Aleu.

Lee, Harper: *Matar un ruiseñor*, Zeta Bolsillo, Barcelona, 2008, traducción de Baldomero Porta Gou.

- Llewellyn, Richard: *¡Qué verde era mi valle!*, Pocket/Edhasa, Barcelona, 2002, traducción de Pedro Ibarzábal.
- Manganelli, Giorgio: *La favola pitagórica*, Adelphi, Milán, 2005.
- Mann, Thomas: *Los Buddenbrook*, Edhasa, Barcelona, 2006 traducción de Isabel García Adánez.
- Manzini, Gianna: *La Sparviera*, Libreria dell'Orso, Pistoia, 2005.
- Manzoni, Alessandro: *Adelchi. Le tragedie*, a cura di G. Tellini, Salerno editrice, Roma, 1996.
- Maugham, William Somerset: *Servidumbre humana*, Debate, Madrid, 2001, traducción de Enrique de Juan; *La luna y seis peniques (Soberbia)*, Plaza & Janés, Barcelona, 1973, traducción de José Romero de Tejada; *Julia*, título español de *Theatre*, Zeta Bolsillo, Barcelona, 2009, traducción de Montserrat Gurgui y Hernán Sabaté.
- Mauriac, François: *Nido de víboras*, Homo legens, Madrid, 2007, traducción de Almudena Montojo Micó.
- Melville, Hermán: *Bartleby el escribiente*, Alianza, Madrid, 2009, traducción de Jorge Luis Borges.
- Morante, Elsa: *El chal andaluz*, Cátedra, Madrid, 2006, traducción de Flavia Cartoni.
- Pablo Neruda: *Antología poética*, Espasa Calpe, colección Austral, Madrid, 2008.
- Orwell, George: *Que no muera la aspidistra*, Tusquets, Barcelona, 2008, traducción de Cristina Salmerón Giménez.
- Palazzeschi, Aldo: *Las hermanas Materassi*, Alfaguara, Madrid, 1981, traducción de Emilio-Germán Muñiz.
- Pavese, Cesare: *Poesías completas*, Visor, Madrid, 1995, traducción de Caries José i Solsona.
- Píndaro: *Odas y fragmentos*, Gredos-RBA, Madrid, 2004 traducción de Alfonso Ortega revisada por C. García Gual.
- Pratolini, Vasco: *La constancia de la razón*, Seix Barral, Barcelona, 1965, traducción de Manuel Vázquez Montalbán.
- Quasimodo, Salvatore: *Poesía completa*, Linteo, Orense, 2004 traducción de Antonio Colinas.
- Radiguet, Raymond: *El diablo en el cuerpo*, Pre-textos, Valencia, 2003, traducción de Ariel Dilon.
- Romano, Lalla: *La penombra che abbiamo attraversato*, Einaudi, Torino, 1994.
- Roth, Joseph: *La marcha Radetzky*, Edhasa, Barcelona, 1985 traducción de Arturo Quintana.
- Sbarbaro, Camillo: *L'opera in verso e in prosa*, Garzanti, Milán, 1999. (En castellano la revista *Clarín* publicó en el nº 55 —año 2005— una selección de aforismos de su libro *Fuegos fatuos*, traducidos por Enrique Baltanás. Existe también una edición en catalán en la que se incluye una selección de poemas de su libro

Pianissimo: Nou poemes di Pianíssimo, a cargo de María Josep Escrivá Vidal y Marc Granell Rodríguez).

Shaw, Irwin: *Voces de un día de verano*, Plaza & Janés, Barcelona, 1983, traducción de J. Ferrer Aleu.

Stone, Irving: *La agonía y el éxtasis*, Salvar, Barcelona, 1995, traducción de M. C.

Stowe Beecher, Henriette: *La cabaña del tío Tom*, Bruguera, Barcelona, 1984, traducción de Alejandro Ferrer Rodríguez.

Tobino, Mario: *Le libere donne di Magliano*, Mondadori, Milán, 2001; *Le brace dei Biassoli*, Mondadori, Milán, 1970.

Tolstói, Lev: *Resurrección*, Pre-textos, Valencia, 1999, traducción de Víctor Andresco.

Tozzi, Federico: *Tres cruces*, edición y traducción de Nahuel Cerruti Carol, Sevilla, 2010.

Verga, Giovanni: *Maestro don Gesualdo*, Alianza, Madrid, 1971, traducción de Marcial Suárez; *Los Malavoglia*, Cátedra, Madrid, 1987, traducción de M^a Teresa Navarro.

Virgilio, Publio Marone: *La Eneida*, Alianza, Madrid, 1985 traducción de Rafael Fontán Barreiro.

Williams, Tennessee: *La primavera romana de la señora Stone*, Bruguera, Barcelona, 2006, traducción de Ana María Becciu.

Wright, Richard: *Chico negro*, Grupo Unisón, Madrid, 2007, traducción de Rafael Rodríguez Tapia.

Yourcenar, Marguerite: *Archivos del Norte, Recordatorios*, Alfaguara, Madrid, 1984, traducción de Emma Calatayud; *Memorias de Adriano*, Edhasa, Barcelona, 1982, traducción de Julio Cortázar.

Zeise, Franz: *La Armada: Don Juan de Austria, vida de un ambicioso*, Seix Barral, 1990, traducción de Ana María de la Fuente.

APÉNDICE A LA EDICIÓN ESPAÑOLA

Corderino dei piccolli: Así se llamaba popularmente al *Corriere dei piccoli*, suplemento semanal de historietas para el público infantil del *Corriere della sera*. Fundado en 1908, se siguió publicando hasta el 15 de agosto de 1995.

La Medusa fue una famosa y prestigiosa colección del editor Arnaldo Mondadori nacida en el año 1933. Tras sortear el ideal fascista de una literatura autárquica constituida exclusivamente por autores italianos, abrió las fronteras a numerosos e importantes escritores extranjeros. Su precio relativamente económico y su formato de bolsillo contribuyeron en gran medida a difundir en Italia una literatura de calidad.

I libri del pavone (*Los libros del pavo real*) fue otra colección de Mondadori. Nacida en los años 50, hasta 1965 se propuso popularizar y otorgar una mayor difusión al catálogo de La Medusa, en el que figuraban los más importantes autores contemporáneos, tales como Hemingway, Simenon, Sartre, Dos Passos, Ungaretti, Pratolini, Remarque, Móntale o Buzzati, entre otros muchos. A dicha colección le sucedió a su vez, a partir de 1965, Oscar Mondadori, primera colección de bolsillo italiana que empezó a venderse en quioscos. Se publicaba un volumen por semana, y de su primer título, *Adiós a las armas*, de Ernest Hemingway, aparecido el 27 de abril de 1965, se imprimieron 60 000 copias que se agotaron ese mismo día.

Urania fue la primera revista italiana de ciencia ficción. La fundó en 1952 el editor Arnaldo Mondadori, y su publicación duró apenas un año. Su primer director fue Giorgio Monicelli (hermano del famoso realizador cinematográfico Mario Monicelli), a quien se debe la invención del término «fantascienza», la palabra italiana para ciencia ficción. A la par que la revista, la editorial creó una colección literaria con idéntico nombre, dedicada al mismo género y que continúa publicándose en la actualidad.

Gioia (1937) y *Annabella* (1938) fueron dos de los primeros semanarios dedicados exclusivamente al público femenino.

El Nuevo Melzi: *Nuovo Dizionario Universale della Lingua Italiana, Storico, Geográfico, Científico, Biográfico, Mitológico, etc.*, obra de Battista Melzi, cuya primera edición vio la luz en Italia en el año 1890. Entre finales del siglo XIX y la primera mitad del XX, representó para Italia un importante instrumento de consulta. La obra se sigue publicando todavía hoy.

Storia illustrata: revista mensual de historia editada por Arnaldo Mondadori. Fundada en 1957, se siguió publicando hasta 1990.

Gianna Manzini (1896-1974) fue una de las más importantes escritoras italianas del pasado siglo. Durante largo tiempo relegada al olvido —incluso en España permanece inédita su obra—, parece ir recuperando en Italia el reconocimiento que

merece. Toda su narrativa está fuertemente ligada al aspecto biográfico y psicológico. Con *La Sparviera* ganó el premio Viareggio de 1956.

Resurrección: adaptación cinematográfica de la obra homónima de Lev Tolstói dirigida en 1958 por Rolf Hansen en régimen de coproducción franco-italo-alemana, y en cuyo reparto figuraban también Lea Massari y Antonio Cifariello.

Club dei Editori: sello fundado en 1960 por Arnaldo Mondadori. Se gestó con el propósito de incentivar la lectura entre las clases menos pudientes ofreciendo ediciones a precios económicos. Especializada en la venta de libros por correspondencia, publicó sobre todo reediciones de obras ya publicadas con anterioridad y ofrecidas exclusivamente a los socios, a semejanza del Círculo de Lectores que fundaran en España la editorial Vergara y el grupo alemán Bertelsmann.

Brunella Gasperini: pseudónimo de Bianca Robecchi (Milán, 1918-1979), popular novelista y periodista italiana cuya firma y correspondencia con las lectoras en las páginas del periódico *Novella*, y luego en la revista *Annabella*, supuso para las jóvenes de los años 60 un insólito ejercicio de libertad de palabra; y una toma de conciencia que prefiguraba ya el feminismo militante de los años posteriores. Su obra está inédita en España.

Giorgio Scerbanenco: narrador italiano de origen ruso. Nació en 1911 y murió en 1969. Destacó sobre todo en la novela negra, género con el que alcanzó fama internacional. La editorial Noguer publicó en España la mayor parte de su obra. Olvidado durante algún tiempo, recientemente se han empezado a reeditar algunos de sus títulos.

Cultura dell'anima: la «Cultura del alma» fue una colección de libros de ensayo aparecida en 1909. Llegó a publicar 163 títulos hasta su cierre, en 1938. En la declaración de intenciones de su primer número, el editor proclamaba que se consagraría a publicar, sin un criterio definido, sistemático y unitario, «obras de filosofía antigua y moderna; textos contemporáneos o poco conocidos, como los de filosofía oriental; además de textos religiosos, científicos o literarios; con el propósito de ofrecer a los estudiosos y a los lectores inteligentes obras de importancia, y también singulares, ya sea por la dificultad de la lengua en que fueron escritas, ya por el olvido o la escasez de ediciones».

Classici del fanciullo: estos «clásicos para niños» fueron una colección de literatura infantil y juvenil fundada en 1909. Nació «con el objetivo de enseñar a los niños italianos el modo de alcanzar un verdadero conocimiento y un amor fraterno entre sus pequeños coetáneos esparcidos por todo el mundo». En su índice se dieron cita desde las fábulas y los cuentos populares rusos, alemanes, rumanos, franceses y españoles, hasta las novelas de autores como Emilio Salgari o Louise Mary Alcott.

Luca Canali: prestigioso latinista y profesor universitario, nacido en Roma en

1925. Traductor de Virgilio, Lucrecio y Petronio, entre otros autores latinos. Alternó su carrera docente con una intensa actividad en la organización de base del Partido Comunista Italiano. En 1981, tras jubilarse anticipadamente por motivos de salud, se dedicó de lleno a la ensayística y a la narrativa. *Arma, virumque* es una antología comentada de literatura latina. Su primera y más famosa novela, *Autobiografía di un baro* (Autobiografía de un estafador), ganó el premio Viareggio de 1982. Todavía en activo, su última novela, *Uinterdetto*, apareció en Italia en el año 2009.

Chikamatsu Monzaemon: pseudónimo de Sugimori Nobumori (Equizen 1653-Osaka 1725). Fue un dramaturgo japonés cultivador del género *jóruri*, un arte teatral de marionetas, precursor del *bunrako* y del *kabuki*. Está considerado uno de los dramaturgos más importantes de Japón, y debido a la ingente cantidad de obras realizadas (110 de *jóruri* y 30 de *kabuki*) se le considera el «Shakespeare japonés».

Dime que me amas y Junie Moon: novela de Marjorie Kellogg llevada al cine en 1970 por Otto Preminger, con guión de la propia autora, y protagonizada por Liza Minnelli, Ken Howard, James Coco y Fred Williamson, entre otros.

Silhouette: poema de Langston Hughes publicado por vez primera en las revistas *New York International Workers* y *Opportunity* (1936 y 1938, respectivamente) como parte de la trilogía poética *Three Songs about Lynching* (Tres canciones sobre el linchamiento), en la que incluyó también *Lynching Song* y *Flight*. Más tarde apareció también este poema en *One Way Ticket* (Nueva York, Knopf, 1949) y, posteriormente, en *Selected Poems*, (Nueva York, Vintage Classics, 1959). De la poesía de Hughes sólo se ha editado en España *Bines* (Pre-textos, Valencia, 2004), una antología de poemas con introducción, traducción y notas de Maribel Cruzado. Aunque la autora sólo cita un fragmento del mismo, hemos preferido reproducirlo íntegramente, traduciéndolo del inglés. He aquí el poema en su versión original: «*Southern gentle lady, / Do not swoon. / They've hung a black man / in the dark of the moon. / They've hung a black man / to the roadside tree / in the dark of the moon / for the world to see / how Dixie protects / its white womanhood. / Southern gentle lady, / Be good! / Be good!*».

Astrolabio: la editorial Astrolabio-Ubaldini fue fundada en Roma el año 1944 por Mario Ubaldini (1908-1984). Entre el 47 y el 48 publicó las primeras ediciones italianas de los textos de Freud, Jung e Adler. La línea editorial, inmutable desde entonces, se divide en dos temas principales: la psicología clínica y las filosofías y las religiones de la India y del Extremo Oriente. En su catálogo se presta una particular atención a temas y disciplinas afines, como la sociología, la espiritualidad o la astrología.

Bollati-Boringhieri: esta editorial vio la luz en el 1957, como Boringhieri editore, por iniciativa de Paolo Boringhieri, exredactor de la editorial Einaudi; y su catálogo tomó como base las cuatro colecciones de la editorial madre: la Biblioteca de Cultura

Científica, la Biblioteca de Cultura Económica, la colección de estudios religiosos, etnológicos y psicológicos (la famosa «Colección violeta») y los Manuales Einaudi. La novedad del programa editorial consistía en la plena integración de cultura científica y cultura literaria y filosófica.

Standa: Società Tutti Articoli Nazionali dell'Abbigliamento (Sociedad de Todos los Artículos Nacionales del Vestir), nombre de una cadena de supermercados que hasta 1938 se llamó STANDARD, y cuyo cambio de nominación (es decir, la supresión de las dos últimas letras) se llevó a cabo en pleitesía a las leyes fascistas dictadas contra las palabras extranjeras.

Mario Tobino: nacido en Viareggio en 1910 y muerto en Agrigento en 1991, fue neurólogo y psiquiatra, además de prolífico escritor. *Le Libere donne di Magliano* es el diario en el que relata su experiencia como psiquiatra en el manicomio de Magliano, pequeña localidad en las inmediaciones de Lucca. El autor vivió una fuerte polémica con los exponentes de la antipsiquiatría italiana. De Tobino sólo se conocen en España la novela *El clandestino* (Premio Strega 1962), publicada en 1966 por Plaza & Janés y traducida por Domingo Pruna, y *Por las viejas escaleras* (Premio Campiello 1972), publicada en 1975 por la misma editorial, con traducción de Juan Moreno.

Maria Bellonci: periodista y escritora (1902-1986) cuya narrativa, rigurosamente documentada, tiene un fuerte componente histórico. Junto a su marido Goffredo Bellonci y otro grupo de intelectuales fundó el premio Strega, que le sería concedido a ella misma en 1986 por su última novela, *Renacimiento privado*, una autobiografía imaginaria de Isabel de Este. Aparte de esta novela, publicada en nuestro país por Espasa Calpe en el año 1990, con traducción de Carlos Alonso, y una ya remota edición de *Lucrecia Borgia, su vida y su tiempo* (Luis Mirade, Barcelona, 1948, con traducción de María Mezquita), el resto de su obra, incluido el libro que cita la autora, permanece inédita en castellano.

Anna Banti: pseudónimo de Lucia Lopresti Longhi (1895-1985), ejerció la crítica de arte antes de dedicarse a la narrativa, en la que desde un principio prevaleció el interés por personajes femeninos solitarios en busca de la dignidad en un mundo dominado por los hombres. Fue autora también de una ingente obra ensayística, además de traductora. *Artemisia* es su única novela publicada en España (Alfania, Barcelona, 2008, traducción de Carmen Romero). En ella se narra la vida de la pintora barroca Artemisa Gentileschi, cuya vocación artística la obligará a enfrentarse con todos los prejuicios de su tiempo.

Lalla Romano: narradora, poetisa y ensayista. Nació en 1906 y murió en 2001. De su extensa producción, sólo su novela *Le parole tra noi leggere*, ganadora del premio Strega de 1969, ha sido traducida al castellano. Con el título *Suaves caen las palabras* (Libros del Asteroide, Barcelona, 2005, traducción de Carlos Manzano).

Meridiani: nombre de la colección de la editorial Arnaldo Mondadori en cuyos cuidados volúmenes se incluyen las obras completas o escogidas de clásicos antiguos y modernos italianos y universales, acompañadas de un riguroso estudio preliminar.

Camillo Sbarbaro: poeta, además de prestigioso botánico (nació en 1888 y murió en 1967), su primer libro, *Pianissimo*, está considerado como uno de los poemarios más notables de la primera mitad del siglo xx. De *Pianissimo* existe una breve selección en catalán (*Nou poemes di Pianissimo*, versión de Marc Granell, Edicions 62, Carcaixent, Valencia, 2007); y en castellano existe otra, a cargo de Javier Sologuren y Carlos Germán Belli, en el libro *Poesía italiana del siglo xx*, publicado por la Universidad de Antioquía (Medellín, Colombia, 2006). Ambas ediciones incluyen el poema, «Padre», que cita la autora. Transcribimos a continuación la versión castellana de Sologuren y Belli:

*Padre, si aunque tú no fueses mi padre.
Si aunque tú fueses para mí un extraño,
Por ti mismo igualmente te amaría.
Porque me acuerdo de una invernal mañana
Que la primera violeta en el muro
De enfrente viste desde tu ventana
Y la novedad anunciaste alegre.
Con la escalera de madera al hombro
Luego saliste y la apoyaste al muro.
Nosotros niños allí en la ventana.*

*Y de aquella otra vez recuerdo yo
que a mi hermana pequeña todavía
en casa perseguías retándola
(la terca no sé qué había cometido).
Mas ya alcanzada dando fuertes gritos
de miedo te fallaba el corazón:
pues te viste a ti mismo persiguiendo
a tu pequeña hija y toda despavorida
vacilando a tu pecho la atraías,
y con caricias dentro de tus brazos
la envolvías como para ampararla
de aquel malvado que era el tú de antes.*

*Padre, si aunque tú no fueses mi padre,
si aunque tú fueses para mí un extraño,
entre todos los hombres tanto ya
por tu corazón niño te amaría.*

Vittorio Sereni: nació en Luino, Várese, en 1912 y murió en Milán en 1983. Fundador en 1938 de la revista *Corrente* y colaborador asiduo de *Campo di Marte* y *Frontespizio*, publicó su primer libro de poemas en 1941, con el título de *Frontiera*. Llamado a las armas, se incorporó al frente griego, donde fue capturado en 1943. Como tal pasó dos años en los campos de prisioneros de Argelia y Marruecos, experiencia que le serviría de inspiración para su segundo libro, *Diario de Argelia*, que, en palabras de Alberto Asor Rosa, tanto por el tema como por las innovaciones métricas, confirmó su importancia en el ámbito de la poesía italiana contemporánea. Después de la guerra, se dedicó a la enseñanza hasta 1952, para dedicarse temporalmente a la edición (fue director literario de la editorial Mondadori) y luego, ya de lleno, a su obra poética y literaria. Su último libro, *Stella variabile*, apareció en 1981. Ninguno de sus libros ha sido traducido al castellano.

Giorgio Caproni: poeta, narrador y traductor de Proust, René Char, Céline y Genet, entre otros. Nacido en Livorno en 1912 y muerto en Roma en 1990, en su poesía fue determinante la lectura de los clásicos antiguos, sobre todo Dante, y la de poetas contemporáneos como Sbarbaro, Ungaretti y Mónico. En su primer libro, *Il passaggio d'Enea*, los poemas están marcados por su experiencia de la guerra, en la que luchó como partisano; posteriormente, sus temas capitales fueron centrándose en la soledad del hombre, la pérdida de las cosas y las personas amadas, con la consiguiente insistencia sobre el recuerdo y la vida como «viaje». *Res amica* es su último libro de poemas, publicado postumamente en 1991. Huerga y Fierro publicó en 2000 una *Antología poética* en versión de Pedro Luis de Guevara Mellado.



GIULIA ALBERICO nació en San Vito Chietino, Italia, en 1949. Actualmente vive en Roma. Es una de las escritoras más respetadas de su país, con títulos como *Madrigale*, *Il gioco della sorte*, *Come Sheherazade* o *Il vento caldo del garbino*.

Hija de una maestra de escuela elemental, a los cuatro años, ya había aprendido a leer. La autora tiene grabado ese año de manera especial en su memoria, que transcurrió en Celenza sul Trigno, un pequeño pueblo donde estaba destinada su madre y en el que se pasaba el día en el colegio, de un lado para otro, de una clase a otra. Ha sido profesora de italiano e historia en la Escuela Superior de Roma durante treinta años.

En su formación literaria, señala la autora, tuvieron un destacado papel dos profesores: Bento Lanci, profesor de griego, y Ericle D'Antonio, de latín. El ejemplo de estos profesores también fue determinante para que se dedicase a la enseñanza, otra manera, como ella dice, de estar en permanente contacto con los libros.

«Continúo leyendo en todas partes: en la cama, en el tren, en el autobús, en el coche, en las salas de espera de médicos, abogados, laboratorios clínicos y estaciones, sentada en los bancos. Tendida en la cama, de regreso de la librería; los libros recién comprados junto a mí. Los huelo, los toco, releo la contraportada, cojo uno de ellos, luego otro, otro más; me encuentro en ese bienestar que sigue a la adquisición y precede a la inmersión en una historia. Ahí están: mis libros, un botín que me colma de simple alegría.»

Notas

[1] *Passioni* es el título italiano de la colección de relatos *Creatures of circumstances*, cuya edición española, publicada por Plaza & Janés en 1963 y traducida por Juan G. de Luaces, llevaba por título *La joven romántica*. El relato «La mujer que no se rindió» al que se refiere Alberico es «The unconquered», y en la citada edición española aparecía como «Los invencidos». En él se narra la trágica historia de Annette, una muchacha francesa que durante la ocupación alemana se queda encinta tras haber sido violada por un soldado alemán. Éste, al nacer su hijo, y arrastrado por un fuerte impulso paternal, empieza también a sentirse atraído por la chica, y con el consentimiento cómplice de los padres de ésta —dos colaboracionistas que gracias a él tienen bien surtida la despensa— decide formalizar la relación y desposarla, pero Annette, como supremo acto de libertad y rebeldía, mata al niño recién nacido. {*Todas las notas de este libro, incluida la presente, son obra del traductor*}. <<

[2] *Essere o riessere. Conversazione con Gesualdo Bufalino*, edición de P. Gaglianone y L. Tas, Casa editrice Omicrom, Roma, 1996. (Libro inédito en castellano. *El fragmento ha sido vertido directamente al castellano por el traductor de la presente obra*). <<

[3] Sparviera: gavián hembra. <<

[4] Lev Tolstói, *Resurrección*, traducción de Víctor Andresco, Pre-textos, Valencia, 1999. <<

[5] William Faulkner, *Sartoris*, traducción de José Luis López Muñoz, Seix Barral, Barcelona, 1993. <<

[6] Irwin Shaw: *Voces de un día de verano*, traducción de J. Ferrer Aleu, Plaza & Janés, Barcelona, 1983. <<

[7] Giovanni Verga, *Maestro don Gesualdo*, traducción de Marcial Suárez, Alianza, Madrid, 1971. <<

[8] Giorgio Manganelli: *La favola pitagórica*, Adelphi, Milán, 2005. (*Libro inédito en castellano*). <<

[9] El famoso cementerio de Roma, situado en el barrio Tiburtino. Oficialmente llamado *Cimitero Comunale Monumentale Campo Verano*, su patrimonio de obras de arte escultóricas lo convierte en una especie de museo al aire libre único en el mundo.

<<

[10] «Niso era centinela de la puerta, valeroso guerrero...» (Traducción de Rafael Fontán Barreiros, Alianza Editorial, Madrid, 1986.) <<

[11] *Eurípides: Alcestis, en Tragedias I*, traducción de Alberto Medina González y Juan A. López Férez, Gredos, Madrid, 1990. <<

[12] Virgilio, Publio Marone: *La Eneida*, traducción de Rafael Fontán Barreiro, Alianza, Madrid, 1986. <<

[13] *De Adelchi*: tragedia de Alessandro Manzoni escrita en 1822. Narra las vicisitudes de Adelchi, hijo del último rey de los longobardos, Desiderio, entre el 772 y el 774, año de la caída del imperio de Carlomagno. Ermegarda, hija de Desiderio y esposa de Carlomagno, es repudiada por éste por razones de estado. Desiderio, para vengarse de la afrenta a su hija, decide apoyar el acceso al trono de los hijos de Carlomán, el hermano de Carlomagno. Este envía un ultimátum a Desiderio, que lo rechaza. Mediante la traición y el engaño, el emperador conseguirá conquistar Verona, haciendo prisionero a Desiderio. Ermegarda, que se encuentra refugiada en un convento junto a su hermana mientras tanto, se entera de las nuevas nupcias de Carlomagno y muere de dolor. <<

[14] Vasco Pratolini: *La constancia de la razón*, traducción de Manuel Vázquez Montalbán, Seix Barral, Barcelona, 1965. <<

[15] Referencia a Dante: *Inferno*, Canto VIII, v. 31: *Mentre noi correvam la morta gora...* Casi todas las traducciones al castellano consultadas coinciden en traducir *morta gora* por aguas muertas. Creemos que *muerta ciénaga* se ajusta más al estado mental y existencial que describe la autora. <<

[16] «*Almita inquieta y melosa / huésped y compañía del cuerpo / ¿Adónde vas? A un lugarcillo / lívido, gélido, lóbrego / donde ya no retozarás como acostumbrás*». Traducción de José Luis Aristu, sobre la versión propuesta por Anthohy Birley en su biografía *Adriano*, Península, Barcelona, 2005. <<

[17] La polémica ley propulsada por Franco Bassaglia, líder de la denominada anti-psiquiatría italiana, cuyos puntos fundamentales abogaban por la salida de los manicomios italianos de millares de ciudadanos, la prohibición de que ningún italiano pudiera ser internado contra su voluntad en hospitales psiquiátricos y el cierre y total desaparición de este tipo de instituciones. <<

[18] Benix Grünlich, el deshonesto comerciante hamburgués que en la famosa novela de Thomas Mann logra a fuerza de artimañas granjearse las simpatías de Johann Buddenbrook hijo, con miras a obtener de éste la mano de su hija Tony. <<

[19] Truman Capote: *El arpa de hierba*, traducción de Joaquín Adsuar Ortega, Anagrama, Barcelona, 2007. <<

[20] Joseph Roth: *La marcha Radetzky*, traducción de Arturo Quintana, Edhasa, Barcelona, 1985. <<

[21] Giosué Carducci: *Rimas y ritmos, Obras escogidas*, traducción de Amando Lázaro Ros, Aguilar, Madrid, 1957. <<

[22] Salvatore Quasimodo: *Poesía completa*, traducción de Antonio Colinas, Linteo, Orense, 2005. <<

[23] Paul Éluard, *Poemas*, Versión de Jorge Urrutia, Plaza & Janés, Barcelona, 1972.

<<